



Diálogo Lógico



Revista de
reflexión y
opinión
pública de
Nueva
Alianza
Tlaxcala

Publicación semestral - Año 2 - **Número 3** - Ejemplar Grauito



Directorio

Lic. Luis Castro Obregón

Presidente Nacional

Prof. Humberto Hernández Hernández

Presidente Estatal

Prof. José Luis Ayala Minor

Coord. de Finanzas

Lic. Eliezer Morales Montes de oca

Coord. de Comunicación Social

Prof. Alejandro Muñoz Flores

Asistente Ejecutivo

Contenido

El poder con mirada de mujer -3-
María del Carmen Rizo Ruiz

La decisión del voto
en 2016 -6-
Luis Castro Obregón

Los movimientos sociales -24-
Alain Touraine

Recomendación editorial -52-
¿Oprimidas o empoderadas?
Dónde están las mexicanas del siglo XXI
Galia García Palafox

El poder con mirada de mujer

María del Carmen Rizo Ruiz *

Iniciamos el 2017 con grandes retos, pareciera que el empoderamiento de las mujeres y la ruta para alcanzar el 50/50 establecido por la ONU no encuentra los alcances propuestos en los tiempos idóneos. Haciendo un recuento de los acontecimientos del pasado 2016, pudimos observar con intensidad la campaña presidencial de una mujer que puso ejemplo de experiencia, imagen, entusiasmo, estrategia y capacidad, entre otras cualidades. Mujer reconocida por su trayectoria política y no por haber estado en la Casa Blanca como Primera Dama, Hillary Clinton enfrentó escenarios adversos con un rival polémico, incoherente, racista, petulante y otros adjetivos que lo describirían a fondo; este último llegando a la meta, triunfador porque el sistema así lo establece. Hillary Clinton, en su discurso de aceptación de la derrota, menciona: “Sé que muchos de ustedes están muy decepcionados por el resultado de las elecciones. **Yo también lo estoy, más de lo que pueda expresar** [...] pero nuestra campaña nunca fue sobre una persona o unas elecciones, fue sobre el país que amamos y sobre construir un Estados Unidos con esperanza, incluyente y con un gran corazón”, agregó.

Muchas y muchos personajes de todo el mundo salieron a los medios de comunicación expresando su sentir ante tal resultado: pudimos observar la reacción de Rusia, de Alemania a través de su canciller Angela Merkel, que ofreció “estrecha cooperación” al futuro presidente de Estados Unidos sobre la base de valores compartidos, como la democracia, la libertad, el respeto al derecho, la dignidad de las personas, independientemente del color de su piel, su religión, su sexo, su orientación sexual o sus convicciones políticas; felicitándolo por su resultado electoral; también recordándole que esa relación transatlántica es un puntal. Iniciando este 2017, proliferan los discursos de mujeres con gran presencia en diversos ámbitos. Una mujer de gran capacidad como Michelle Obama (que apoyó la campaña de Hillary Clinton) alabó, en su discurso de despedida de su paso por la Casa Blanca, la “magnífica diversidad” de Estados Unidos y animó a la juventud a no tener miedo del futuro, sino a luchar por sus diversidades. Además, señaló con la voz entrecortada por las lágrimas: “**Ser Primera Dama ha sido el mayor honor de mi vida, espero que hayan estado**

orgullosos de mí [...] nuestra magnífica diversidad hace de nosotros lo que somos.” La primera First Lady afroamericana de la historia de Estados Unidos añadió que pensaba continuar con su trabajo en la educación de las niñas, en Estados Unidos y en el resto del mundo.

En otro espacio, uno de los discursos más contundentes en la entrega de los Globos de Oro fue el de la actriz Meryl Streep, quien recibiera el premio honorífico por su carrera. Aprovechó para criticar el discurso del presidente electo: Hollywood “... está lleno de extranjeros, de forasteros [...] el único trabajo de un actor es sacar a la luz la vida de personas diferentes [...]. Si expulsan a los extranjeros solo veremos fútbol y artes marciales”, aseguró antes de decir que “la falta de respeto provocará más falta de respeto. La violencia invita a la violencia”, crítica que hace referencia al discurso del presidente electo en el cual se burló de la apariencia y la forma de hablar de Serge Kovalski, un periodista con artrogriposis.

La contienda interna del país más poderoso del mundo es ejemplo para muchos ejercicios por venir y la pregunta es: ¿México está preparado para recibir candidatas a la presidencia de la República, con preparación, con trayectoria, con gobernanza, con entendimiento del proyecto de nación que México necesita?

Con la reforma política de 2014 ha sido un reto, dentro del tema de la paridad, para la autoridad (INE), ejercer y vigilar esta ley, que establece que la paridad se debe respetar de manera tanto vertical como horizontal en la inscripción de las candidaturas, por parte de los partidos políticos. En dos estados (Chiapas en 2015 y Tlaxcala en 2016), estando ya en curso las campañas de hecho, casi cuando finalizaban, se detuvieron por no cumplir con las reglas; cuando las boletas ya estaban impresas y los candidatos habían caminado por sus territorios. Esto significa que se improvisa la imagen de una mujer dando como resultado una votación no a favor de la candidata.



La incapacidad de los institutos locales de no realizar los ejercicios previos, sean candidaturas con partido, de contienda única o por coalición, al momento de registrar, indica que no se tiene la capacidad de ejercer el 50/50.

Si estos errores se siguen cometiendo con los próximos ejercicios locales, la pregunta es: ¿qué nos espera para el gran 2018?, cuando elijamos a nivel federal Presidente de la República, senadores y diputados, así como diputados locales. Es importante señalar, además, que probablemente haya candidaturas independientes, que no se apegan a este ejercicio. ¿Cómo podríamos evaluar el empoderamiento de las mujeres?, ¿solo por el hecho de contender como candidatas y ganar espacios de representación popular, como funcionarias, llegando a espacios de liderazgo político o gubernamental? O lo evaluaremos porque en realidad está cambiando la mentalidad de la sociedad mexicana, queriéndose transformar, desechando los roles y los estereotipos, y tener un cambio social a través de un proyecto de nación, teniendo el “poder con mirada de mujer”.

*Artículo publicado originalmente en la revista *Empodérate*, Año 4, Vol. 14. Primer trimestre de 2017.

María del Carmen Rizo Ruiz

Coordinadora Estatal de Finanzas de Nueva Alianza Veracruz y Presidenta de Mujeres Transformando Vidas, A.C.

La decisión del voto en 2016

Luis Castro Obregón *

Resumen

Este artículo presenta un análisis de las elecciones locales que tuvieron lugar en 2016 en catorce estados de México. La revisión se presenta en el contexto de otros procesos mundiales electorales como el de Estados Unidos, los resultados del Brexit en el Reino Unido y los resultados de las elecciones en España. Toma en consideración el complejo proceso para formar gobierno, con otros factores que suscitan dudas razonables acerca de la idoneidad de la democracia para satisfacer los reclamos populares. Desde esta perspectiva de lo local inserto en lo global y algunos datos referenciales acerca de la confianza en las elecciones –la percepción de la violencia, la corrupción, la impunidad e indicadores económicos vinculados a la satisfacción o insatisfacción ciudadana– se revisa, a la luz de los resultados, cómo funcionó el sistema de alianzas partidistas, la alternancia, las encuestas electorales, el nuevo comportamiento del “voto duro”, la capacidad de los partidos para perfilarse como oposición y la influencia de la imagen y la percepción acerca del desempeño gubernamental para definir el voto ciudadano.

Abstract

This paper is an analysis of local elections held in 14 Mexican states in 2016. The review is in the context of other electoral processes such as the American, the Brexit outcome in the United Kingdom and the election results in Spain. It takes into consideration the complex government-forming procedures and other factors that cast reasonable doubts on the aptness of democracy to fulfill popular demands. From this perspective of the local in the global, and some referential data on the credence of elections –e.g. the perception of violence, corruption, impunity and economic figures related to popular approval or disapproval– the paper reviews in the light of the results, how the system of party alliances, the alternation, the electoral polls and the “hard vote” worked, as well as the ability of political parties to assume an opposition role and the influence of the perception of government performance in the definition of popular vote.

Clima social y nuevas reglas

El proceso electoral de 2016 no puede compararse con elecciones anteriores porque se desarrollaron con legislaciones diferentes incluso en la forma de contar los votos, de establecer alianzas, con nuevo árbitro, nuevos jugadores y canchas distintas.

En nuestra actualidad, el Estado-nación, que tradicionalmente se ha concebido como referente de soberanía, mercado, independencia e identidad, se diluye como referencia y como significado. Últimamente nos preguntamos si la democracia, en efecto, es el gobierno del pueblo, por el pueblo y si responde a las expectativas y necesidades sociales; si es capaz de procesar la protesta, de ser sensible a los reclamos de las mayorías e incluso si se trata de un sistema sostenible o no (Murayama, 2015).

La competitiva candidatura presidencial de Donald Trump, la lentitud para formar gobierno en España tras la repetición de las elecciones generales y la crisis del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), los resultados del Brexit, la reñida disputa entre los verdes y la ultraderecha austriaca, el No al Acuerdo de Paz en el referéndum de Colombia, no nos resultan hechos lejanos ni ajenos. Encierran, en su propia complejidad y especificidad, manifestaciones similares resultado de problemas comunes a las democracias representativas de Occidente.

En lo doméstico, amén de la poca, regular o elevada repercusión de las realidades globales, México enfrenta, desde hace ya varios años, sus propias crisis, adversidades y elementos de agudo desgaste político, económico y social. ¿Es la economía?, ¿es la valoración y aprobación del gobierno federal o de los gobiernos estatales?, ¿son los candidatos?, ¿funcionan las estructuras y recursos de los partidos políticos?, ¿cuáles son los factores que explican los resultados electorales?

Aun tratándose de elecciones locales en menos de la mitad de las entidades federativas del país, podemos afirmar que estuvieron presentes –con diferente peso específico– el contexto internacional, la percepción de la situación nacional, las agendas locales específicas e, indudablemente, el papel de los medios de comunicación como actores interesados.

Algunos datos para reflexionar surgen a partir de los resultados de la encuesta de Latinobarómetro. El primero tiene que ver con la satisfacción con la democracia: en promedio 37 de cada 100 latinoamericanos responden estar “muy satisfechos” o “más bien satisfechos” con la democracia en sus países, pero en México se obtuvo el menor porcentaje, con solo 19 de cada 100. Le exigimos a la democracia representativa incipiente la solución de problemas que serían más graves sin ella.

Otra inquietud se detona de la respuesta de la ciudadanía acerca de si cree que, en términos generales, las elecciones de su país son limpias o fraudulentas. Las respuestas de los mexicanos arrojaron el porcentaje más bajo, pues solo 26% de la población contestó que las elecciones son limpias (Latinobarómetro Informe 1995-2015, 2015).

La participación ciudadana, que ha registrado 53% de abstencionismo en los últimos comicios, es otro indicador sobre el estado de salud de nuestro sistema de representación. El Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (CESOP) de la Cámara de Diputados, publicó una encuesta que revela que 23% de los encuestados no sabe a qué se debe esta situación; 16% asegura que se debe a la falta de credibilidad y 12%, al descontento de las personas; por lo cual, no existe una opinión mayoritaria acerca de este tema (Torres, 2015).

Lo cierto es que hay un cuestionamiento importante hacia la democracia mexicana. En este contexto, y a partir de los resultados de las recientes elecciones locales, se hace relevante la valoración de las mismas para saber quién ha resultado ganador y si es el contexto o el sistema electoral, lo que favorece o limita el acceso al poder para los diferentes contendientes.

Si bien el daño inmediato y cuantificable de los actos de corrupción se ven reflejados principalmente en la economía, en la salud de las finanzas públicas y en la funcionalidad de las instituciones, puede decirse que su efecto devastador está en la descomposición de la sociedad. Cuando la ciudadanía, y por ende el electorado, piensa de forma general que la corrupción es parte de la convivencia diaria, que es el camino más expedito para resolver sus necesidades económicas, que es el modus vivendi sin el cual no se pertenece verdaderamente y que, pese a

declaraciones y promesas, en realidad no pasa nada, entonces las instituciones se erosionan, se cuestiona la gobernabilidad, campea la incredulidad y las decisiones que se toman en material electoral –individuales y colectivas–, rebasan en forma y contenido a ideologías, partidos y convicciones.

De acuerdo con Barómetro Global, 88% de los mexicanos piensan que la corrupción es un problema frecuente, o muy frecuente (Informe 2015). Y, según el Índice de Percepción de la Corrupción (IPC) de Transparencia Internacional, de 2008 a 2014, México cayó 31 posiciones en esta materia (Transparencia Internacional, 2015). A esta realidad se le debe sumar, como ya se mencionó, la elevada percepción que se tiene de la impunidad en nuestro país.

Indudablemente, la corrupción y la impunidad, que es su caldo de cultivo, son dos de los principales problemas del país. Sin embargo, no son la explicación ni la causa de todos los males ni bastan para explicar el comportamiento de quienes votaron en las pasadas elecciones. Casos como el de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa, los escándalos relacionados con propiedades y supuestos conflictos de intereses en la adjudicación de contratos públicos, lastimaron la imagen del Gobierno Federal, de algunos gobiernos estatales y la de sus partidos, de cara al proceso electoral de 2016, aunque metodológicamente resulte difícil cuantificar el impacto en la cantidad de votos. En cierta medida, todo lo anterior explica que, de acuerdo con el Índice Global de Impunidad 2016, México ocupe el lugar 58 de 59 países con mayor impunidad (IGI, 2016). Los actos de corrupción, supuestos o comprobados, ventilados en los medios de difusión a escala nacional e internacional, y la percepción de que quedaron y quedarán sin castigo para los implicados, conformaron una variable influyente en las elecciones. Es de suponerse que la inconformidad tomó forma –entre otras maneras de materializarse–, de voto de castigo para esos gobernadores salientes y, por ende, para los institutos políticos que representan e incluso para el partido en el poder, por omisión e inacción frente al reclamo popular. El Informe Latinobarómetro 2015 señala que: “la economía es una potente fuente de éxitos de los gobiernos, ya que en los años que América Latina más crece en su conjunto, estando todos los países en democracia, se produce el período político, no sólo económico, más próspero que la región ha tenido en la historia, no sólo en los últimos 20 años” (Latinobarómetro Informe 1995-2015, 2015). En este ámbito, México fue la excepción. En las dos últimas décadas, por diferentes razones, entre

ellas estructurales, nuestro país ha prolongado su fase de estancamiento estable. Además, y de acuerdo con las cifras oficiales del Consejo Nacional de Evaluación de Política Social (Coneval), en el año 2000, 53% de la población vivía en condiciones de pobreza. En 2014, la cifra es casi la misma: 53.2% pero con el crecimiento poblacional el absoluto ha variado: existen tres millones de pobres más y ahora la cifra histórica es abrumadora: 55.3 millones (Coneval, 2014).

Pareciera evidente que la percepción de crisis económica prolongada, los anteriores y recientes recortes al gasto público y la ausencia –todavía– de disfrute efectivo del *boom* económico latinoamericano en décadas recientes, han llevado al electorado a la ecuación lógica de que las consignas no se comen, los bolsillos no se llenan con pancartas y las promesas no compran la canasta básica, lo cual, inevitablemente, incide en la idea de democracia y en los diferentes instrumentos constitucionales que la integran, como lo son las elecciones y la confianza o desconfianza por el compromiso con las agendas electorales. Análisis aparte merecería la propia concepción de democracia e imagen del funcionamiento político que se ha creado a lo largo de muchas décadas, y el sustento objetivo de esas certezas.

La violencia y la inseguridad continúan siendo temas recurrentes en las elecciones y en la vida nacional diaria. Su impacto es innegable, por lo tanto, su influencia en la decisión del votante parece incuestionable.

Si bien sería muy aventurado afirmar, sin contar con evidencias estadísticas, que esta variable se ve directamente reflejada en personas o propuestas de soluciones específicas que benefician a determinadas siglas partidistas o a los candidatos, se puede suponer que el electorado sigue buscando, en las urnas, una solución que ponga orden, que ponga fin a su desasosiego, e incluso que logre paz y tranquilidad como prioridad.

Al parecer, en 2016, el peso de esta variable se incrementó cuantitativa y cualitativamente. Baste decir que el Índice Global de Paz 2015 ubica a México como uno de los países más violentos, ocupando el lugar número 140 de 165 (Global Peace Index, 2015). Y, según el propio Sistema Nacional de Seguridad Pública, cada 24 horas hay 56 víctimas de asesinato (Ureste, 2016). La reforma electoral de 2014 modificó las reglas del juego para los participantes en las

elecciones, tanto a nivel federal como en las contiendas locales. De la citada reforma derivaron tres nuevas leyes generales que, al tener ese carácter, delimitan las facultades tanto de autoridades federales como estatales y municipales, a diferencia del Cofipe, cuyo carácter sólo era federal. De esta reforma nace por tanto la primera Ley General de Partidos Políticos (LGPP) así como también la Ley General de Instituciones y Procedimientos Electorales y la Ley General en Materia de Delitos Electorales.

La nueva normatividad impacta directa y específicamente a los partidos en dos temas importantes, en su acceso al poder como en su supervivencia: elevar a rango constitucional el requisito del 3% de la votación válida emitida en cualquiera de las elecciones, como mínimo, para mantener el registro; y, por otro lado, la creación de la LGPP, que estableció las nuevas bases para la negociación e integración de coaliciones, tanto en los procesos federales como en los locales.

¿Qué se eligió?

En 2016 hubo 14 procesos electorales estatales, en 12 de los cuales se eligieron gobernadores; en 11 se renovaron ayuntamientos; en 12, congresos locales y; en Ciudad de México se eligió por única vez al 60 por ciento de los integrantes de la Asamblea Constituyente. Se llevaron a cabo elecciones en Aguascalientes, Baja California, Ciudad de México, Chihuahua, Durango, Hidalgo, Oaxaca, Puebla, Quintana Roo, Sinaloa, Tamaulipas, Tlaxcala, Veracruz y Zacatecas.

Pretender hacer un balance de las elecciones locales mexicanas de 2016 a escasa distancia de su celebración implica riesgos analíticos porque se carece de datos definitivos debido a múltiples procesos judiciales en marcha, a la carencia de estudios postelectorales de opinión y a la yuxtaposición con el proceso político adelantado hacia la sucesión presidencial de 2018.

La etapa judicial en el proceso electoral es casi una fase obligatoria como consecuencia de una legislación basada en la desconfianza y que convierte las impugnaciones en una táctica más, en lugar de ser un recurso excepcional para corregir anomalías. Al momento de redactar, las autoridades judiciales no han resuelto en todas sus instancias si se van a repetir o no algunas elecciones

estatales y son varios los distritos o municipios impugnados que retrasan las cifras definitivas y la asignación de cargos elegidos.

Si bien medios de comunicación y partidos políticos contrataron encuestas de salida, lo hicieron con propósito de pronóstico, para adelantar resultados de ganadores y perdedores, pero no se conocen datos sobre las motivaciones del voto y la anticipación con la que fue decidido. Se desconocen hábitos de los electores: ¿es cierto que el grueso de simpatizantes del PAN salen a votar después de misa?, ¿que el voto duro del PRI desde las ocho de la mañana?, ¿que los electores del PES emiten su sufragio en torno a las 13:30 horas después de sus ceremonias?...

El adelantamiento del proceso político sucesorio de 2018 arroja bombas de humo al análisis de los resultados que son presentados por medios de comunicación y discursos de actores políticos como señales que buscan hacer definitorias de lo que sucederá dentro de poco menos de dos años.

TABLA 1

Resultados de las elecciones para gobernador 2016

ENTIDAD	PRIMER LUGAR	%	SEGUNDO LUGAR	%
Aguascalientes	Martín Orozco Sandoval PAN	43.81%	Lorena Martínez PRI + PVEM + NA + PT	40.89%
Chihuahua	Javier Corral Jurado PAN	39.68%	Enrique Serrano PRI + PVEM + NA + PT	30.74%
Durango	José Rosas Aispuro Torres PAN + PRD	46.06%	Esteban Villegas PRI + PVEM + NA + PD	42.40%
Hidalgo	Omar Fayad Meneses PRI + PVEM + NA	43.14%	Francisco X. Berganza PAN	27.88%
Oaxaca	Alejandro Murat Hinojosa PRI + PVEM + NA + PES	32.08%	José Antonio Estefan PAN + PRD	24.86%
Puebla	José Antonio Gali Fayad PAN + PT + NA + CPP + PSI	45.35%	Blanca Alcalá PRI + PVEM + PES	33.59%
Quintana Roo	Carlos Manuel Joaquín González PAN - PRD	45.08%	Mauricio Góngora PRI + PVEM + NA	36.13%
Sinaloa	Quirino Ordaz Coppel PRI + PVEM + NA	41.73%	Melesio Cuén Ojeda MC + PAS	26.04%
Tamaulipas	Francisco García Cabeza de Vaca PAN	50.14%	Baltazar Hinojosa PRI + PVEM + NA	35.99%
Tlaxcala	Marco A. Mena Rodríguez PRI + PVEM + NA + PS	32.48%	Lorena Cuéllar PRD	30.13%
Veracruz	Miguel Ángel Yunes Linares PAN + PRD	34.41%	Héctor Yunes Landa PRI + PVEM + NA + AVE + PC	30.53%
Zacatecas	Alejandro Tello Cisterna PRI + PVEM + NA	37.41%	David Monreal MORENA	27.29%

Fuente: Elaboración propia con datos de fuentes oficiales.

Esto no significa que no podamos sacar conclusiones, pero sí que las tesis no comprobadas que presentamos en el último apartado y que se desprenden de los resultados conocidos pretenden tener coherencia en un contexto de complejidad.

Corresponderá a los estudiosos de la política, de la democracia y, en especial, del comportamiento político-electoral desarrollar investigaciones empíricas suficientemente soportadas para hacer un balance más completo y preciso. Corresponderá a los políticos hacer un análisis propio, desprovisto de prejuicios, con propósito de diagnóstico para poder reformular o confirmar estrategias. La lucha por el poder continúa y la batalla sexenal, madre de todas las batallas, ha sido ya emplazada.

Partidos y democracia

Si bien hubo experiencias de alternancia política en comicios locales durante los dos últimos sexenios del siglo XX mexicano, la pudimos vivir a plenitud cuando Vicente Fox y el PAN obtuvieron el triunfo en las elecciones presidenciales de 2000.

El expresidente mexicano Ernesto Zedillo, al defender las características únicas de la transición política mexicana y negar que se proviniera de un sistema autoritario, reconoce lo injustas que son las contiendas electorales en nuestro país, comenzando por aquella en que fue elegido. Entrevistado por Sergio Bitar y Abraham F. Lowenthal, señala que oponer resistencia a mayor democracia sería un error. El grado de desarrollo económico del país, la presencia organizada de partidos de oposición y las aspiraciones de la sociedad no permiten escatimar la apertura democrática (Bitar y Lowenthal, 2016).

Los partidos existen y se desarrollan en aquellas sociedades en las que la disputa por el poder se procesa en el campo estrictamente electoral, por lo que una de sus características, y quizá la central, consiste en que están obligados a reconocerse en la contienda político-electoral como actores principales de esta lucha por el poder (Valdés Zurita, 2016).

En la Ley General de Partidos Políticos (2014), se les define como entidades de interés público con personalidad jurídica y patrimonio propios, con registro legal ante el Instituto Nacional Electoral (INE) o ante los Organismos Públicos Locales (OPLE) y tienen como fin promover la participación del pueblo en la vida democrática, contribuir a la integración de los órganos de representación política y, como organizaciones de ciudadanos, hacer posible el acceso de estos al ejercicio del poder público.

Diez años después de la primera alternancia, puede afirmarse que los partidos políticos mexicanos deberían contribuir a la democracia y permitir a los ciudadanos ejercer puestos públicos de elección popular. Parecería obvio afirmar que sólo donde hay partidos puede existir lo que se denomina como “sistema de partidos”. Lo que no es tan evidente es que el producto de la competencia leal entre los diversos partidos políticos provoque que dicho sistema funcione como una cámara de compensación de intereses y proyectos políticos y que, a su vez, facilite y norme la competencia, haciendo posible el ejercicio legítimo del gobierno (Valdés Zurita, 2016). Al parecer, los partidos requieren de acuerdos básicos que les permitan preservar tanto el espacio electoral, como el ámbito privilegiado de competencia, incluso cuando resulten derrotados en las contiendas por el poder.

Política de alianzas

Es relevante señalar que las coaliciones electorales se han caracterizado, en general, por ser pragmáticas y no programáticas, en el sentido de que tendieron a unir a partidos por cuestiones prácticas, como vencer al partido en el gobierno y no necesariamente por afinidades ideológicas. Probablemente, el caso que mejor ilustra lo anterior, son las coaliciones que se forjaron entre el PAN y el PRD en distintos estados de la República: fueron aliados en los estados de Durango, Oaxaca, Quintana Roo, Veracruz y Zacatecas; en Puebla, en esa coalición se incluyó a Nueva Alianza, que iba coaligada con el PRI y PVEM en el resto de los estados en los que se tuvieron elecciones a gobernador.

Otro dato significativo, en términos de alianzas, es que en 2016, no ha habido ninguna coalición entre los partidos de izquierda. La ausencia de coaliciones entre

las izquierdas podría ser atribuida a la fragmentación que existe entre los partidos pertenecientes a dicho cuadrante del espectro político, así como a consecuencia de la aparición de Movimiento Regeneración Nacional (Morena) en el escenario político nacional que, por un lado y de acuerdo con las nuevas reglas derivadas de la reforma, no podía contender en coalición; y por otro, su principal figura tomó como bandera política la definición de ir solo en todos los comicios.

El fenómeno de las alianzas en el actual sistema político puede ser explicado desde distintas perspectivas. Por un lado, en nuestros días, la figura de las coaliciones entre los partidos se encuentra permitida y reglamentada en la legislación electoral, lo que les brinda el sustento jurídico para poder existir. Por otra parte, también se ha dicho que las alianzas entre PAN y PRD, en gran medida, han sido motivadas por los triunfos del PRI en las elecciones intermedias y por la necesidad de enfrentar en conjunto escenarios políticos estatales que les resultaban adversos.

Una visión panorámica de las alianzas electorales puede ayudarnos a valorar un impacto genérico por una razón relevante: tras la reforma de 2014, el trasvase de votos por convenio sólo se permite para la candidatura común, cuyas normas se establecen en legislaciones locales. No existen en todos los estados ni son iguales. En 2016, la figura de la candidatura común se presentó en Chihuahua, Durango, Tamaulipas y Tlaxcala.

En 2016, los estados en que gobernará una coalición son nueve y ningún candidato ganó la gubernatura con un porcentaje mayor al 50.14%.

Relatividad y elecciones

Los resultados de los procesos locales de 2016 presentaron sorpresas para muchos actores, pero no para todos. El análisis de las mismas generó algunas afirmaciones que podemos calificar de discutibles, cuando no de temerarias, aunque plausibles.

En busca de la verdad

La primera de estas “afirmaciones” podemos formularla así: *la única verdad absoluta es que todas las variables políticas son relativas y no hay un solo factor que explique todo*. La distancia entre las expectativas económicas y los indicadores macro y micro de la economía influyen diferenciadamente. Tiene un mayor peso el impuesto fronterizo y el debate en torno a él en los comicios de Baja California o Chihuahua, que en el resto de las entidades federativas. Los indicadores del desarrollo de Aguascalientes influyen menos que la presencia de valores conservadores predominantes en la sociedad de esa entidad. La percepción de corrupción e impunidad ocupó un papel determinante en Chihuahua, Oaxaca, Veracruz y Quintana Roo, pero no lo hizo en el resto de las entidades.

Las encuestas publicadas fueron quizá determinantes en la generación de esa “sorpresa” de los resultados. Desde hace ya varios años, se debate sobre la veracidad de las encuestas preelectorales, su función y efectividad, así como la imperiosa necesidad de que sus metodologías y fuentes de financiamiento se regulen y transparenten. En México, grandes inexactitudes en las encuestas se vienen observando desde 2010 por fenómenos como el “voto oculto”, incuantificable, o la tendencia a atribuirle un carácter predictivo a este tipo de estudios de opinión cuando cerca de un 20 por ciento del electorado decide su voto en la soledad de la urna, desperdiciando elementos más valiosos que ofrecen este tipo de investigaciones sociológicas. Además, su uso para propaganda política alterando la forma de presentar sus resultados en una doble contabilidad que confunde a los propios “dueños” de las encuestas.

En cualquier caso, es urgente, y debería ser obligatorio, que las casas encuestadoras rindan cuentas a los electores del trabajo realizado y las expectativas generadas; que reconozcan las deficiencias y fallas en las que pudieron haber incurrido, y que también perfeccionen sus métodos y valoraciones.

Blando voto duro

La segunda “afirmación”, que todos pudimos leer en más de una columna y escuchar en voz de no pocos comentaristas es que: *en las elecciones de 2016 ganó*

la alternancia. Podría decirse que el PAN resurgió como fuerza política y que eso lo perfila nuevamente en el camino por la recuperación de la Presidencia de la República al obtener siete de las doce gubernaturas en juego. Sin desconocer las ventajas que le dan los resultados y el provecho que podrá sacar de ello Acción Nacional, es un espejismo creer, un verdadero acto de fe, que la derecha mexicana ganó las elecciones.

El electorado no se manifestó por una opción que le convencía, no se inclinó por las mejores propuestas de campaña, no identificó la fuerza política que convenía a sus intereses. Expresó en las urnas, en un ejercicio de poder, el conjunto de sus actitudes (indignación, hartazgo, desasosiego) de la mejor forma que podía hacerlo para que su voto tuviera consecuencias castigando al sistema, al statu quo, donde pudo hacerlo.

Un proceso electoral es, sin duda, la forma democrática de plasmar en las urnas preferencias ideológicas, coincidencias con programas y propuestas políticas, afinidades partidistas. Pero es también y cada vez más, en México y en el mundo, una válvula de presión que se abre para dar paso a los reclamos, rechazos, hartazgos y demandas contenidas por la sociedad, y no satisfechas por los poderes legalmente constituidos. Y en ese acto, la conciencia y memoria social masivas no suelen ya reconocer o sumarse automáticamente a banderas o acatar ciegamente disciplinas de partido. Al menos es un fenómeno que vemos con cada vez mayor frecuencia. En nuestro país, el famoso y aclamado “voto duro”, se ha reblandecido.

Divide y vencerás

La tercera “afirmación” sería: *la ausencia o división de una oposición viable que genere consonancia cognoscitiva con el reclamo ciudadano y la eficacia política de los gobiernos estatales explican que no triunfe la alternancia*. El PRI pudo conservar Zacatecas, Tlaxcala y Sinaloa porque la oposición no fue capaz de presentarse como alternativa.

En Zacatecas porque el PRD cambió de candidato varias veces, por su accidentado proceso interno y la intervención de la judicialización en la definición

final y tardía de su candidato a gobernador, mientras que David Monreal, el candidato de Morena, hasta muy poco tiempo antes tenía como identidad partidaria al PT, partido al que abandonó en la víspera sin lograr que todo el electorado supiera y entendiera a cuál instituto político representaba. En Tlaxcala, la división entre las candidatas del PRD y del PAN, ambas con fuerza, presencia y simpatía en el electorado, fue suficiente para neutralizarse mutuamente y dejar pasar al candidato del PRI. En Sinaloa, ni el PAN ni el PRD fueron capaces de presentar alternativa. Correspondió al emergente partido local Partido Sinaloense (PAS) intentar configurar una oposición presentable. Hidalgo y Puebla son ejemplos de gobiernos eficaces que, más allá de los resultados de la valoración de sus ciudadanos sobre sus titulares, la eficacia de la gestión se sumó a la ausencia de una oposición viable.

Imagen, percepción y voto

El electorado no premia buenos gobiernos, pero sí castiga a aquellos con imagen de malos gobiernos, de alta corrupción e impunidad, podría ser nuestra cuarta “afirmación”. Los indicadores del desarrollo de Aguascalientes y algunos datos como el crecimiento del empleo o el primer lugar nacional en las evaluaciones educativas no tuvieron retribución en las urnas. En cambio entidades como Chihuahua, Oaxaca, Veracruz y Quintana Roo sí recibieron su castigo correspondiente. Los escándalos de corrupción, al menos en tres de ellos, llegaron a los medios nacionales. Claro que se podría refutar que en Oaxaca hubo una división en la coalición gobernante o que en Veracruz también estaba dividida la oposición y añadir factores explicativos ciertos, pero es cuando resulta importante la primera afirmación. Las elecciones de 2015 en Querétaro, entidad con excelentes indicadores de desarrollo, son buen ejemplo de esta misma tesis, lo cual permite observar que el electorado castiga y no premia y que el fenómeno no nace en 2016.

Perseverancia y recordación

La quinta de estas afirmaciones es: *el reconocimiento de nombre ayuda*. En la cultura política tradicional mexicana, a diferencia de en casi todos los países, cuando un candidato resultaba perdedor, sus propios partidos, la gente, los

olvidaba. Esto ya no ocurre. Algunos candidatos ya lo habían sido y asistieron a su segunda vuelta personal con parte del camino avanzado. Otros no lo habían sido, pero se mantuvieron como figuras presentes en la opinión pública local. Al menos así se puede constatar con los candidatos de Aguascalientes, Martín Orozco; Durango, José Rosas; Chihuahua, Javier Corral; Veracruz, Miguel Ángel Yunes; Hidalgo, Omar Fayad; y Quintana Roo, Carlos Joaquín, a quien correspondió crear la oposición donde casi no existía.

Guerra sucia

La guerra sucia en las campañas no es determinante para el resultado, pero sí salpica a todos, la practiquen o no, es el último de nuestros tópicos. Si bien desde que hay campañas electorales –en la antigua Grecia– existe la propaganda negra o la guerra sucia, en el caso mexicano se ha incrementado quizá desde los comicios de Sonora y Nuevo León de 2015, en Colima en sus dos vueltas: ordinaria y extraordinaria; hasta alcanzar niveles pocas veces vistos como el caso de Veracruz en 2016, con escándalo tras escándalo, filtración, tras filtración.

La desconfianza, la valoración negativa, la distancia entre los ciudadanos y la clase política alcanza en mayor o menor medida a políticos, partidos e instituciones públicas en general. Cuando se construye un escándalo político puede dañar al objeto de esa propaganda, pero tiene efectos generalizados entre la ciudadanía de alejamiento, estigmatización y rechazo al conjunto de políticos, pero también a la política y a lo público. Para colmo, cuando le resta electores al contrincante, los votos no benefician al interesado que recurre a esa táctica. Por ejemplificar, en Veracruz, la ofensiva contra Miguel Ángel Yunes, postulado por la alianza PAN-PRD no sólo no impidió su triunfo, sino que hizo crecer a Morena y disminuir al PRI.

Siguiendo a Innerarity (2015), la desafección por la política, el desprestigio de la clase política encierra una paradoja porque no son sino los políticos a quienes corresponde ocupar el espacio que la sociedad les confiere aunque reniegue de ello. Esta situación encierra un peligro: la debilidad del Estado y sus instituciones y siempre habrá quien se beneficie de dicha debilidad, sean movimientos

antisistémicos, sean élites económicas o actores de una derecha ideologizada con intereses en expansión. Algo peor que la “mala política” es su ausencia.

Apuntes para el futuro inmediato

En 2017 habrá procesos electorales locales en Coahuila, Estado de México, Nayarit y Veracruz. Mientras en Coahuila y Nayarit se renuevan los dos niveles de gobierno y sus congresos, en Veracruz la elección será municipal y en el Estado de México se elige exclusivamente al titular del ejecutivo estatal. Sin duda, estaremos en la antesala de las elecciones presidenciales de 2018.

De momento, por sus actos, no se observa que los partidos políticos estén aprendiendo las lecciones del proceso electoral reciente. No sólo siguen sin modificar discurso, estrategias, y formas de acción; el PAN parece actuar con la visión del espejismo: gané porque la gente se cansó de la corrupción, ergo, si me apropio del discurso anticorrupción seguiré en la senda del triunfo. Ni el PAN ni quienes se asumen como sociedad civil parecen percatarse de que son Andrés Manuel López Obrador y su partido político quienes se benefician de mantener la agenda que él impone y el ánimo social que pareciera serle favorable. Por su parte, el PRI, al renovar su dirigencia, muestra tener en su seno tensiones entre quienes culpan a variables exógenas de los resultados y quienes tienen conciencia de que requieren hacer cambios más allá del discurso. En el caso del PRD, este no alcanza a dirimir hacia dónde mirar, dónde construir una alianza de la que, sin exagerar, puede depender su subsistencia. Sin embargo, contrario a la percepción política, podemos considerarlo sobreviviente clave en las elecciones locales, ya que reafirmó su papel de “fiel de la balanza” y contribuyó a obtener triunfos para el PAN, por lo que su estrategia de alianzas en 2017 y 2018 será determinante para el resto de los partidos políticos.

En conclusión, si queremos combatir la desafección política ciudadana que perjudica sobre todo a quienes defienden el fortalecimiento de la institucionalidad, debemos mejorar la democracia y la calidad de la representación en cada espacio de decisión.

Bibliografía

- Bitar, S. y Lowenthal, A.F. (eds.) (2016). *Transiciones democráticas: enseñanzas de líderes políticos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (IGI, M. C. (2016). *Índice Global de Impunidad México igi-MEX 2016*. Recuperado el 04 de agosto de 2016, de UDLAP: http://www.udlap.mx/igimex/assets/files/igimex2016_ESP.pdf
- (IPC), Í. d. (2015). *Índice de Percepción de la Corrupción (IPC)*. Recuperado el 04 de agosto de 2016, de Transparencia Internacional: <http://transparencia.org.es/ipc-2015/>
- (IPC), Í. d. (2015). *Transparencia Internacional*. Obtenido de <http://transparencia.org.es/ipc-2015/>
- Ley General de Partidos Políticos*. (23 de mayo de 2014). Obtenido de: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGPP_130815.pdf
- Latinobarómetro Informe 1995-2015*. (2015). Recuperado el 04 de agosto de 2016, de Wordpress: <https://politicagobiapem.files.wordpress.com/2015/11/latinobarc3b3metro1.pdf>
- Castillo, S. G. (2012). *La Esperada Alternancia en Oaxaca (2010)*. (I. B. Senado de la República, Ed.) *Elecciones y partidos políticos en México*.
- Coneval, C. N. (2014). *Informe de Resultados de Medición de la Pobreza 2014*. Recuperado el 04 de agosto de 2016, de http://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Documents/Comunicado005_Medicion_pobreza_2014.pdf
- Global Peace Index, I. p. (2015). *Índice Global de Paz 2015*. Recuperado el 04 de agosto de 2016, de IMCO: <http://imco.org.mx/seguridad/indice-global-de-paz-2015-via-instituto-para-la-economia-y-la-paz/>
- Instituto de Mercadotecnia y Opinión, I. (2010). *Elecciones en México Resumen de Resultados 2010*. Obtenido de IMOCORP: http://www.imocorp.com.mx/imo2/images/Doctos/IMO_resultados_elecciones_MEX2010.pdf
- Labarthe Álvarez, R. (19 de Julio de 2010). *Resultados y Análisis del Proceso Electoral 2010*. Recuperado el 04 de agosto de 2016, de Contorno, Centro de Prospectiva y Debate: http://www.contorno.org.mx/contorno/resources/media/pdf/RLA_resultados_elecciones.pdf
- Llarosa Haro, M. S. (2012). Marco analítico para las coaliciones de gobernador y el sistema político en México 2010. En B. D. Instituto, & S. d. República (Ed.), *Elecciones y Partidos Políticos en México (2010)*. México.
- Medina Torres, L. E. (2012). *El proceso electoral en Aguascalientes. Elección Estatal 2010*. (S. d. República, Ed.) Obtenido de *Elecciones y Partidos Políticos en México 2010*.
- Murayama, C. (octubre de 2015). *Latinobarómetro: insatisfechos con la democracia y la economía*. Obtenido de Redacción Nexos: <http://redaccion.nexos.com.mx/?p=7457>.
- Reyes del Campillo, J. (2011). Elecciones locales 2010 y cambio de escenario político. *El Cotidiano*, 5-18.
- Temkin Yedwab, B. &-E. (2012). México 2010-2011: los últimos años de una gestión cuestionada. *Revista de Ciencia Política (Santiago)*, 193-210.
- Torres, P. (13 de Septiembre de 2015). *El Mexicano*. (O. E. Mexicana, Ed.) Recuperado el 04 de agosto de 2016, de *El Sol de México*: <http://www.oem.com.mx/elmexicano/notas/n3948417.htm#sthash.mxBXq0kC.dpuf>
- Ureste, M. (abril de 2016). Violencia en México bate récord en abril: 56 víctimas de asesinato cada 24 horas. *Animal Político*.
- Valdés Zurita, L. (04 de agosto de 2016). *Sistemas Electorales y de Partidos*. Obtenido de Documentos DECEYEC INE: http://www.ine.mx/documentos/DECEYEC/sistemas_electorales_y_de_partid.htm#autor

Fuentes consultadas (datos 2016):

Aguascalientes	Resultados oficiales del proceso electoral 2015 - 2016. (http://www.ieeags.org.mx/index.php?iee=4&mod=verproceso&n=8)
Baja California	Proceso electoral 2015 - 2016. http://www.ieebc.mx/index.html
Chihuahua	Gobernador http://www.ieechihuahua.org.mx/documentos#el_f_11_RG9jc1xQcm9jZXNvIEVsZWNO0b3JhbCAyMDE1LTIwMTZcUmVzdWx0YWRvYXVzBD1wdXRv
Durango	Cómputos proceso electoral 2015 - 2016 (http://www.iepcdgo.org.mx/wer2.php)
Hidalgo	http://www.ieehidalgo.org.mx/images/PDF/PRESENTACION.pdf . http://www.ieehidalgo.org.mx/images/PDF/RESULTA_DOSDIPUTADOS.pdf
Oaxaca	Gobernador http://www.ieepco.org.mx/images/biblioteca_digital/PDFs/2016/COMPUTOSGOB2016.pdf
Puebla	http://2016.oplepue.org/2016/procesoElectoral/resultados2016/COMPUTOS%20DISTRITALESporcandidato.pdf
Quintana Roo	http://www.ieqroo.org.mx/index.php/resultados-electorales-oficiales-por-casilla
Sinaloa	http://www.cee-sinaloa.org.mx/publico/transparencia/previa.aspx?archivo=http://admin.cee-sinaloa.org.mx/Sistema/include/Archivos/2/2/Adjuntos/A1P2220166221317969.pdf
Tamaulipas	Gobernador http://ietam.org.mx/portal/documentos/PE2015/Resultados/Concentrado_Gobernador_2016.pdf . y en http://ietam.org.mx/portal/documentos/PE2015/Resultados/Concentrado_Diputados_MR_2016.pdf
Tlaxcala	Resultados para la elección de Gobernador, 2016 http://www.itetlax.org.mx/wp-content/uploads/2016/06/Resultados.gobernador-2016.pdf . MR Locales http://www.itetlax.org.mx/wpcontent/uploads/2016/06/Listado-de-candidatos-2016-Diputados-MR-4.pdf
Veracruz	Programa de resultados electorales 2015 - 2016 http://www.iev.org.mx/index2016.html
Zacatecas	Gobernador http://www.ieez.org.mx/resultados/Gobernador_2016.htm . MR Locales http://www.ieez.org.mx/resultados/Diputados_2016.htm

*Artículo publicado por primera vez en la *Revista Mexicana de Cultura Política NA*, Vol. 3, Núm. 9.

Luis Castro Obregón

Preside desde junio del 2011 el Comité de Dirección Nacional de Nueva Alianza. Cursó estudios doctorales en Comunicación y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid; es maestro en Análisis de Inteligencia por las universidades madrileñas Carlos III y Rey Juan Carlos, y licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Iberoamericana. En la Embajada de México en España fue consejero y ministro a cargo de asuntos de política interior; en el ámbito periodístico coordinó la oficina regional europea de Notimex con sede en Madrid, presidió durante cuatro periodos la Asociación de Corresponsales de Prensa Extranjera y fue corresponsal de Radiotelevisión de Veracruz. Ha ocupado cargos en los gobiernos federal y del D.F.; fue patrono de la Fundación SNTE para la Cultura del Maestro Mexicano e integrante del grupo de asesores que impulsó la reforma estatutaria en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación de 1989 a 1991.

Los movimientos sociales

Alain Touraine*

Una nueva propuesta

Hasta el pensamiento social más alejado de la idea de lucha de clases también hace referencia a la idea de conflicto. Los liberales ven en todas partes la competencia y la lucha por la supervivencia, otros dan mayor importancia al Estado, a las relaciones internacionales y a la guerra; finalmente, otros insisten sobre los valores de una comunidad, donde sus opositores necesariamente son desconocidos que amenazan desde afuera o desde adentro. Pero la elección esencial consiste en situar el conflicto en las fronteras de la sociedad o al contrario, en su corazón, articulando las relaciones sociales más fundamentales. Contra la primera orientación, yo mantengo que el campo cultural, la historicidad de una sociedad es el lugar de los conflictos más importantes. La sociedad es producción conflictiva de ella misma.

La idea de conflicto debe preferirse a la de movimiento social. El campo de historicidad es el conjunto formado por los actores sociales y por el *enjeu*¹ de sus luchas, que es la historicidad de ellas mismas. *El movimiento social es la conducta colectiva organizada de un actor luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta.* No se deben separar jamás las orientaciones culturales y el conflicto social; esto no ha sido posible en las sociedades pasadas. La separación del orden social y del orden metasocial siempre ha traído consigo un conflicto, situado al interior de la vida social, y de un campo cultural, situado en la base de los conflictos. Las prácticas fueron reconocidas como conflictivas; los valores o las tendencias no podían serlo. Y entre las prácticas y el orden metasocial, separando el conflicto y el

¹ N. de T. Término central de la teoría de Touraine, el *enjeu* de un juego o una lucha es “lo que está en juego”, aquello por lo que se juega o se lucha; como no hay término exacto en español que corresponda al francés –y al uso que Touraine le da– lo hemos traducido, en función del contexto, por “apuesta”, “objetivo”

sentido, predomina el conflicto, cuando lo nombramos así, o la lucha, cuando preferimos denotarla de ese modo.

El pensamiento social y la acción política revolucionaria de la época industrial fueron dominados por esa separación y, en consecuencia, los movimientos sociales no podían aparecer como los actores principales de la sociedad. Para Lenin, por ejemplo, el movimiento sindicalista estaba definido como un simple actor económico, subordinado a la acción y a la teoría política. Yo escribo para reestructurar completamente el análisis sociológico alrededor de esta nueva idea: el movimiento social. Estas frases pueden asombrar. En caso de que nuestra historia y nuestro pensamiento social hayan estado por mucho tiempo dominados por el movimiento obrero, por la teoría de lucha de clases, por la experiencia de huelgas, del sindicalismo y de los partidos revolucionarios, ¿cómo pretender que la idea de movimiento social estaba ausente de la sociedad industrial? Por cierto, yo reconozco que en las doctrinas sobre el movimiento obrero el antecedente más directo a la idea de movimiento social, y quiero que mi propio esfuerzo prolongue el pensamiento del siglo pasado al mismo tiempo que se separe de él. Pero es a partir de estas diferencias que se debe comenzar.

La representación de los movimientos sociales que nos ha legado la sociedad industrial es la siguiente: una dominación impuesta por leyes, unas creencias, un régimen político, al igual que un sistema económico; la gente los sigue pero se revela contra ellos cuando amenazan su existencia física y cultural. Este levantamiento no es solamente defensivo, sino que prepara también el porvenir, porque hace estallar las contradicciones del orden social y destruir las barreras impuestas por el interés particular, el progreso general y natural de la sociedad. Tal visión, que se opone a la idea de movimiento social, la defino sobre dos puntos esenciales. En primer lugar, esta jamás introduce la imagen de un actor histórico guiado por orientaciones normativas, por un proyecto, es decir, un llamado a la historicidad. El actor popular no es más que la expresión de las contradicciones sociales o el portador de fuerzas naturales; no es un actor social. Es por este motivo que el estudio del movimiento obrero ha sido más una descripción historiográfica, reconocido sobre todo por el sistema capitalista, después de sus fluctuaciones hasta sus contradicciones generales y la tendencia a la agravación de las mismas.

A lo largo de las últimas décadas, la institucionalización de los conflictos industriales en los grandes países capitalistas y la importancia extrema de las luchas nacionales, de las tentativas revolucionarias y de los golpes de Estado contrarrevolucionarios en las sociedades dependientes han acentuado esta tendencia. En América Latina, por ejemplo, el análisis social ha estado dominado por el estudio del sistema capitalista mundial, o de una manera más estrecha, del intercambio desigual; los actores sociales populares al interior de sus sociedades aparecen como desintegrados, atropellados o alineados por esta dominación que viene del exterior. Es cierto que un movimiento popular no es un héroe armado, cabalgando a la cabeza de un ejército sobre un campo de batalla en donde los adversarios se oponen con armas iguales; también es cierto que la dominación descompone la capacidad de acción y de organización del dominado. Pero debe reconocerse, en primer lugar, la existencia de una acción orientada por una clase que no es dominada solamente, sino que participa de un campo histórico, que lucha por el control y la reapropiación del conocimiento, las inversiones y el modelo cultural que la clase dirigente ha identificado para sus propios intereses.

En segundo lugar, las conductas colectivas reconocidas por el pensamiento social de la época industrial son definidas histórica o naturalmente. Sus sentidos no se encuentran en la sociedad presente pero sí en la del porvenir. El movimiento obrero no es solamente anticapitalista, también prepara para una sociedad socialista que sucederá a la sociedad capitalista, y esta sociedad está definida más por su desenvolvimiento de las fuerzas productivas que como un proyecto social. No es sólo la historia la que debe interpretar la lucha obrera como preparación de una sociedad socialista, pero aquella es vista como un agente político que puede dar vida a una sociedad más acorde con el estado de las fuerzas de producción. La separación de las prácticas sociales y del orden metasocial ha ubicado al sentido de las grandes luchas a otro nivel diferente al de la acción, haciendo imposible pensar la sociedad en términos de movimientos sociales. En particular, es imposible desde este pensamiento social clásico analizar con sus conceptos la acción de los dominantes y de aquellos que son dominados.

Hablar de la burguesía remite a analizar los derechos y la evolución del sistema capitalista, mientras que el estudio de la clase obrera es, por el contrario, una defensa material o una rebelión global. Lo que me impresiona, tal como a todos aquellos que hablan de movimiento social, es la torpeza/ ligereza de querer

implementar esta idea a las clases dirigentes, al mismo tiempo que a las clases populares. Esto había sido ya emprendido por Weber, más tarde por Schumpeter y por unas historias de la industrialización; pero es por esta contrariedad que a menudo se otorga la preferencia al estudio del sistema capitalista sobre el de la acción industrializada y dominadora de la clase dirigente.

Reconozco que este libro no será orientado sólo hacia el estudio de los movimientos populares y que ese desequilibrio es peligroso. El camino que propongo sólo podrá ser verdaderamente entendido y juzgado cuando hayan sido también explicadas las clases dirigentes. Es decir, cuando se haya reinterpretado en términos de acción social y en particular de acción de clases, aquello que se presenta en general como lógica de un sistema y que no recurre a analizar las conductas de los dirigentes que tienen la idea de una voluntad permanente y soberana de maximizar el beneficio, hipótesis en donde la pobreza estalla cuando intenta comprender las políticas económicas o las lógicas de una empresa.

Sobre tres puntos esenciales se evidencia la oposición entre la concepción de los movimientos sociales que son presentados aquí y aquella que guía los movimientos de inspiración marxista.

En primer lugar –y es el esencial– defino los movimientos sociales como unas conductas socialmente conflictivas pero también culturalmente orientadas y no como la manifestación de contradicciones objetivas de un sistema de dominación. No concibo el movimiento obrero solamente como un levantamiento de los proletariados pero sí como un contramodelo a la sociedad industrial inclinada por los trabajadores poseedores de la fuerza de trabajo.

En segundo lugar, la acción de los movimientos sociales no está dirigida fundamentalmente frente al Estado y no puede ser identificada con una acción política por la conquista del poder; al contrario, es una acción de clases, dirigida contra un adversario propiamente social. Puede haber convergencia o alianza, jamás unificación entre un movimiento social y una acción de transformación del poder del estado.

En fin, un movimiento social no puede ser el creador de una sociedad más moderna o avanzada que aquella que combate; defiende, dentro de un campo

cultural e histórico dado, otra sociedad. Es necesario reemplazar el tema de la superación por el de la alternativa, dado que contradice las ideas evolucionistas que han liderado el pensamiento clásico social.

Esta primera presentación de los movimientos sociales puede parecer restrictiva. ¿Cómo hacerla corresponder con la mayoría de los movimientos reivindicativos, corrientes de opinión, de acciones contestatarias? Es cierto que en una sociedad dada, y en cierto sistema de acción histórica, no existe sino en un grupo/pareja principal de movimientos sociales antagonistas; pero estos movimientos sociales se expresan en un gran número de conflictos particulares o aparentemente menos relacionados con la actividad económica. Se debe procurar separarlos de otras formas de rechazo, de reivindicación o de esperanza, sabiendo que existe en toda sociedad un campo propio de movimientos sociales de relación de clases y de historicidad que se elevan hacia el movimiento social, un conflicto acerca de las apuestas principales de la sociedad.

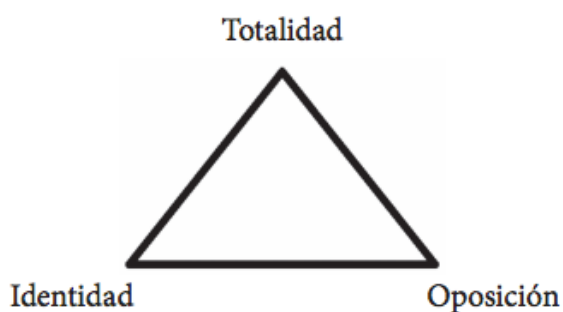
El adversario y el *enjeu* Un movimiento social no es sólo una afirmación, una intención; es una doble relación, tiene un adversario y un enjeu. Jamás alcanza una integración perfecta de estos dos componentes y lo más frecuente es que haya un nivel de proyecto bajo/implícito, es decir, una fiable integración de su intención de puesta cultural, de su conflicto con su adversario y de aquello que integra estas dos relaciones, para saber la representación que tienen de la dominación ejercida por su adversario sobre el campo cultural de la lucha. No se puede aceptar tan fácilmente el esquema que tan a menudo utilizo y que parece puramente descriptivo:

El movimiento social se presenta como la combinación de un principio de identidad, un principio de oposición y un principio de totalidad. Para luchar, ¿no es necesario saber en nombre de quién, contra quién o sobre qué terreno se lucha? Reducir a estas simples ideas el esquema aplica a todas las conductas sociales puesto que todas colocan al actor en una relación y no hay relación sin campo social. Aquello que caracteriza al movimiento social es el enjuego y la historicidad misma, no la decisión institucional o la norma organizacional en que los actores son los actores históricos definidos por sus relaciones conflictivas en la historicidad; es enseguida que la interdependencia del enjuego y de los actores es total, marcada en la forma triangular del esquema, la cual se da en otros tipos de conductas colectivas. En un sistema político los actores pueden estar definidos independientemente los unos de los otros, por lo menos en cierta medida, como diferentes categorías socioeconómicas que se esfuerzan por obtener una subvención de un Estado o un sistema fiscal que les sea favorable y el campo de sus luchas de influencias está definido independientemente de ellas, por la ley o por el Estado. En una organización las relaciones de autoridad se ejercen al interior de normas generales; esto explica el hecho de que a este nivel se vea tentado uno a separar sistemas y actores, estructura y poder.

Al contrario, no volveré a decir que la historicidad y las clases sociales no pueden ser concebidas separadamente. Debe reconocerse en el esquema I-O-T mucho más que una descripción aceptable por todos sin ninguna dificultad. La relación del actor con el adversario, dimensión conflictiva del movimiento social, asume un sentido diferente según se ubique en relación del actor con el *enjeu* o al contrario con la *relación del actor hacia el adversario*. En el primer caso, manifiesta una relación de producción en el sentido más preciso del término, relaciones entre trabajadores y clase dirigente; en el segundo es una desventaja marcada por las relaciones de reproducción. En otros términos, esta relación es a la vez de dirigente a contestataria y de dominante a dominado.

Que el lector no vea en ella sutilezas inútiles; estas palabras que se parecen las unas a las otras recubren, de hecho, las diversas conductas sociales en donde cada una ocupa un lugar en la historia. Las relaciones de clase tienen una cara de luz y otra de sombra. En la primera se ve el enfrentamiento de clases opuestas por el control de la historicidad, por ejemplo los patrones y los trabajadores por la dirección de la industrialización, en la otra, la defensa del pueblo en contra del

orden dominante. *La relación del actor con el enjeu* no define el objetivo de la acción pero sí la puesta de una relación. El *enjeu* puede ser reconstruido por el análisis, a partir de la ideología de los adversarios pero puede también ser separado al interior del movimiento social como aquel que es reconocido como no ideológico, como exterior a la acción social, como el límite que se impone la ideología.



Es así como el movimiento obrero no se conforma con oponer una sociedad de trabajadores a una sociedad de patrones; pretende ser el servidor del progreso, del desarrollo de las fuerzas de producción contra el despilfarro y la irracionalidad del beneficio privado. El progreso industrial es más bien el *enjeu* del conflicto de clases puesto que el patronato habla también en nombre del progreso y del desarrollo de las fuerzas de producción y ataca las resistencias obreras a este progreso. La relación del actor hacia el *enjeu* es doble. Una clase dirigente se identifica con la historia, a su vez con sus propios intereses. Un movimiento social popular combate una cultura en tanto que es dominado por la clase adversaria, pero reconoce también contra el dominador «la objetividad» del campo en el que lucha. En particular haciendo un llamado a los intelectuales de *las agencias de historicidad*. La sociedad industrial ha reconocido el rol de los sabios intérpretes y experimentadores de las leyes del desarrollo natural. El movimiento obrero constantemente ha hecho llamado a ellos pero de doble manera. A veces defiende una ciencia al servicio del pueblo; a veces, por el contrario, el objetivo es defender la independencia de la ciencia contra el espíritu capitalista y la brutalidad del beneficio.

Si la relación del actor con el *enjeu* se aísla de su relación con su adversario, esta apuesta no está más definida socialmente en términos de modernización. Alberto Melucci ha criticado esta noción que quita toda importancia a las luchas sociales. La lucha es conducida en nombre del progreso contra la tradición, del universalismo contra el particularismo y viene de la clase dirigente o de la clase

popular; llega a ser socialmente indeterminada. Pero no se debe en nombre de esta crítica, olvidar que las luchas sociales han estado asociadas a menudo a los combates por la modernización, es decir, por la ampliación de la participación social. El movimiento de mujeres es antes que nada modernizador; su voluntad de conquistar más iniciativas y más derechos para las mujeres es la tendencia central a partir de la cual se sitúan las tendencias más cercanas a la ideología de la clase dirigente y de otras, más contestatarias y preocupadas por unirse a otros movimientos sociales.

La relación del adversario con el *enjeu* es en ella misma exterior al actor pero también le concierne, ya que indica la dominación a la cual es sometida. Un movimiento social reducido a este componente se limitaría a la denuncia del orden dominante. Esto le otorgaría al actor una definición no social, en términos de necesidades orgánicas o de principios morales, de subsistencia o de libertad. En un movimiento más completo es donde nace aquello que es *negativo*, el rechazo del orden o de la crisis, el deseo de la liberación y sobre todo el movimiento revolucionario. Lo llamo negativo porque la afirmación de un proyecto es reemplazada aquí por la lucha contra el obstáculo, convertido en no más que un adversario, privilegiado más que beneficiado. No existe movimiento social sin esta dimensión negativa; no existe tampoco movimiento que se reduzca a ésta. Una pura fuerza de destrucción del orden no puede más que abrir el camino a una nueva clase dirigente o a un nuevo poder del Estado. Contrariamente, un movimiento sin fuerza de negación se reduce rápidamente a un conflicto institucionalizado, a una lucha de influencia entre grupos de interés al interior de un sistema de representación política.

Un movimiento social no puede ser jamás definido por un objetivo o un principio. Este no es más que la unión de estos tres componentes, juntos inestables, jamás completamente coherentes y casi siempre mezclados a otros modos de acción colectiva. Esto lo opone al *desorden* violento sobre el cual Gary Marx ha mostrado que no reposaba ni sobre una creencia colectiva ni sobre unos objetivos prácticos, sino que respondía más a una crisis de mecanismos de control social y en particular, de fuerzas de represión.

Los tumultos o levantamientos pueden inscribirse en un movimiento social, pero se debe, ante todo, oponerlos a éste, que está siempre normativamente orientado y ubicado en una relación social real.

Es más difícil oponer movimiento social y revolución, pero estas nociones han sido confundidas durante mucho tiempo, por lo que su diferenciación resulta necesaria. Un movimiento social no puede ser definido como el agente de un cambio bloqueado. Se sitúa al interior de un sistema social en donde cuestiona las fuerzas dominantes y sus apoyos políticos o culturales. Como lo veremos, los movimientos sociales están asociados a las prácticas de lucha, a las formas del cambio social; pero su definición se levanta sobre el análisis del funcionamiento de las sociedades, no del conocimiento de sus modos de desarrollo.

Luchas

Estas tres dimensiones de los movimientos (I-O, O-T, I-T) están integradas las unas con las otras e igualmente decimos que el *nivel del proyecto* de un movimiento es mayor. Cuando el movimiento actúa efectivamente según la fórmula I-O-T, su capacidad de acción histórica es más fuerte. Si al contrario, los tres componentes son separados: I, O, T, su capacidad de acción es débil, lo cual no quiere decir que este movimiento sea poco importante. Puede jugar en un momento dado un rol decisivo, pero es probable que ese rol sea limitado a una conjetura precisa y por consecuencia, al movimiento fuertemente heterónimo con relación a agentes políticos, ideológicos o a otro movimiento social. Un movimiento de nivel elevado es aquel que integra unas reivindicaciones organizacionales y unas presiones institucionales. Es aquel también el que hace triunfar la acción afirmativa de clase sobre la acción crítica de destrucción del orden en crisis.

Un movimiento social no interviene solo y no está jamás separado completamente de reivindicaciones y de presiones, de crisis y de rupturas que dan nacimiento a unos tipos diferentes de luchas. *Yo llamo luchas a todas las formas de acción conflictivas organizadas y conducidas por un actor colectivo contra un adversario por el control de un campo social.* Un movimiento social es el tipo particular de lucha más importante. Una lucha sólo puede ser reconocida como tal si responde a cuatro condiciones principales. En primera instancia, esta debe ser conducida en nombre de una población *particular*. Existen unas luchas obreras o

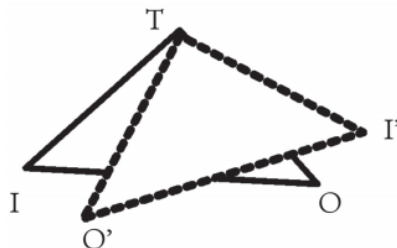
campesinas pero también unas luchas de consumidores o de habitantes de un barrio. Unos movimientos de ideas o de opiniones, un movimiento religioso o unos movimientos de tolerancia, aunque todos importantes, no pueden servir directamente de objeto para nuestra reflexión. En segundo lugar, estas luchas deben estar *organizadas* y no pueden existir solamente al nivel de la opinión, puesto que es necesario que exista cierta organización para que el conflicto se precise y para que el movimiento alcance cierta integración. En tercer lugar, se debe combatir un *adversario* que pueda estar representado por un *grupo social*, aun si –como a menudo sucede–, el adversario es definido en términos más abstractos: el capitalismo o el Estado.

La ausencia de un adversario preciso reduce la lucha a una corriente modernizadora o antimodernizadora. El movimiento de mujeres, fuertemente marcado por su tendencia modernizadora, opuesto a tradiciones o principios, ha buscado definir su adversario, oponiendo las mujeres a las no mujeres, es decir a los hombres. El éxito de esta empresa está en liderar su importancia como lucha y, con más razón, como movimiento social. En fin, el conflicto con el adversario no debe estar especificado; este debe ser un problema social que concierna al conjunto de la sociedad; que separe una lucha de acción de un grupo de presión en donde los objetivos son más limitados. Ninguna categoría social es natural e indefinidamente portadora de luchas o de movimientos sociales. Uno de los temas más ricos de la investigación sociológica es la emergencia de nuevos actores ya sea a partir de corrientes de opinión, innovaciones modernizadoras o problemas sectoriales más limitados.

Es necesario clasificar las luchas a partir de los principios de análisis ya dados. Por un lado, la distinción hecha entre los tres principales sistemas de acción: la historicidad, las instituciones y las organizaciones, y por otro lado, la oposición entre las luchas afirmativas que buscan aumentar el dominio sobre un campo, y las luchas críticas de defensa contra una dominación no legitimada por la sociedad en crisis.

Luchas afirmativas – nivel de la historicidad: movimiento social

Este tipo de lucha es el centro de nuestras preocupaciones. Ha sido ya analizado y puede ser representado así:



Los dos actores (I e I') son cada uno un adversario para el otro (O y O') sin que necesariamente coincida la definición del actor por sí mismo con aquella que su adversario le otorga. Los actores tienen en común la puesta (T) de su conflicto.

Luchas afirmativas – nivel institucional: presiones institucionales o políticas

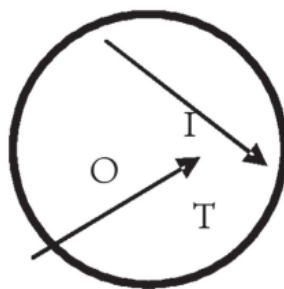
El actor busca obtener su influencia sobre la toma de decisión en los límites definidos por las orientaciones culturales de la historicidad y por una dominación de clase. Esta lucha se sitúa al interior de instituciones y de procesos considerados como legítimos, pero como toda estrategia no excluye el recurso de la fuerza. Los esfuerzos de los sindicatos de hacerse reconocer, para participar en las discusiones y otras decisiones en los ámbitos que afectan las condiciones de trabajo relevantes de estas luchas, forman un tipo de sindicalismo que yo nombre sindicalismo de control. Este no incluye el recurso de la huelga o las diversas órdenes de presión que responden a la dirección de la empresa ejercida con los medios más considerables sobre los trabajadores. Se puede representar así la presión institucional: el actor, su adversario. Se disputan la influencia por obtener una decisión institucional.

El hecho de que las flechas salgan en parte del campo institucional recuerda que los actores no se sitúan completamente al interior del mismo pero su acción apunta a modificar las decisiones que ahí son tomadas. El sindicalismo obrero, después de haber sido el movimiento social de la sociedad industrial, tiende en la mayor parte de países industrializados a limitarse a esta presión institucional. Es sobre todo cierto que en los países socio-demócratas, la participación de sindicatos en las decisiones ha sido organizada después de mucho tiempo. Por tanto, existen mezclados a estas formas institucionalizadas de conflicto una conciencia de clase que intima fuertemente en el corazón de la producción industrial así como otros tipos de luchas. La presión institucional que privilegia

un nivel intermedio de acción colectiva y del sistema social es, en efecto, constantemente desbordada, de un lado por unas reivindicaciones más inmediatas y por otro lado, por una acción de clase.

Luchas afirmativas – nivel organizacional: reivindicaciones

Luchas por el mejoramiento de la posición relativa del actor al interior de una organización jerarquizada que lucha contra la autoridad. Los actores se sitúan aquí al interior de la organización. Luchan por un mejor salario, unas condiciones de trabajo menos duras, un cambio en las formas de mando. Recordemos una vez más que una reivindicación concreta en una fábrica puede producir otras formas de lucha más que una acción reivindicativa. Esto justifica a la vez el rol de los sindicalistas que hacen subir las reivindicaciones hasta el nivel de la presión institucional y del movimiento social y sociológico que busca separar los componentes de un hecho histórico como una huelga. La reivindicación es representada por el siguiente esquema:

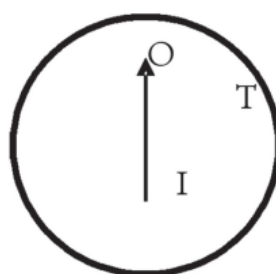


El esquema recuerda que toda organización figura aquí por el círculo T, que reposa sobre un sistema de autoridad y que toda reivindicación apunta a modificar la posición relativa del actor (I) sobre una escala jerárquica generada por los dirigentes (O). Aquellos que reclaman la igualdad de derechos, de oportunidades o de remuneraciones por una categoría considerada como un privilegio o víctima de una discriminación no ven más allá de este nivel reivindicativo, aun si defienden su causa con la mayor combatividad. Al contrario, ningún movimiento social se construye sólidamente si este no reposa sobre una larga base reivindicativa a la cual deja una gran autonomía, al mismo tiempo que busca elevarse a un nivel más alto de contestación.

Luchas críticas – nivel organizacional: conductas de crisis

Restando todo al mismo nivel de las reivindicaciones, estas luchas son de una naturaleza muy diferente. No apuntan más que a mejorar la posición relativa del

actor en una unión pero a la defensa contra una crisis, por ejemplo, contra el desempleo o contra cambios que amenazan las antiguas formas de organización social y cultural; por ejemplo después de la incursión de nuevas formas de actividad económica o nuevas creencias. Una conducta de crisis no puede ser negativa; no concibe una nueva organización social, busca restablecer aquella que ya ha sido quebrantada, ya sea en las actividades económicas o en las normas sociales de funcionamiento, en las creencias y sus representaciones. El adversario es entonces aquel que separa al actor (I) de la organización (T); es un obstáculo (O) más que un enemigo; esto puede ser representado así:

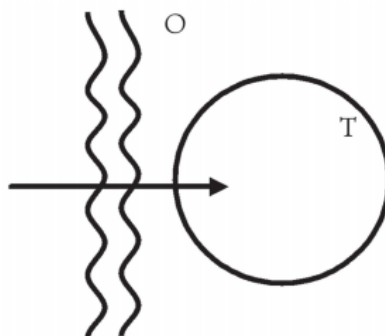


Luchas críticas – nivel institucional: conductas de bloqueo

Estas luchas son la contraparte de presiones institucionales. A menudo las unas y las otras se orientan hacia la misma lucha. En una huelga en general, interviene más el recurso de la fuerza porque el actor no puede obtener un mejor acceso a la decisión en el marco de las instituciones existentes. En la movilización efectuada es necesario utilizar expresiones militares para señalar que la acción no se ubica al interior de un campo de acción social.

Como en el caso precedente esta acción crítica apunta menos a transformar un sistema social, aquí es el sistema político el que reemplaza un vacío. En las sociedades dependientes, los movimientos populares han sido en gran medida expresiones ejercidas por o para los “marginados”; los excluyen de participar en el sistema de decisión política. Participación que es entonces concebida como un fin y no como un medio al servicio, por ejemplo, de una lucha de clase. Acción puramente política que puede ser violenta como las conductas de crisis. Esto se opone a la orientación instrumental de las presiones institucionales y reivindicaciones organizacionales. Charles Tilly ha hecho un análisis general de la violencia política explicando la lucha de ciertos grupos sociales por adquirir o no perder un lugar en el sistema político. Señala también la relación entre la

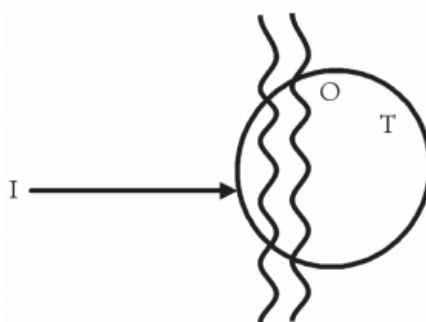
violencia y aquello que yo llamo la presión institucional. La violencia toma unas formas limitadas en la situación de bloqueo, es decir del cierre limitado del sistema institucional. Si este es enteramente cerrado, como una sociedad autocrática, las luchas serán coaccionadas para subir inmediatamente al nivel más elevado o, por el contrario, para disolver implícitamente el cuerpo de la represión. Este tipo de lucha puede ser representada de la siguiente manera:



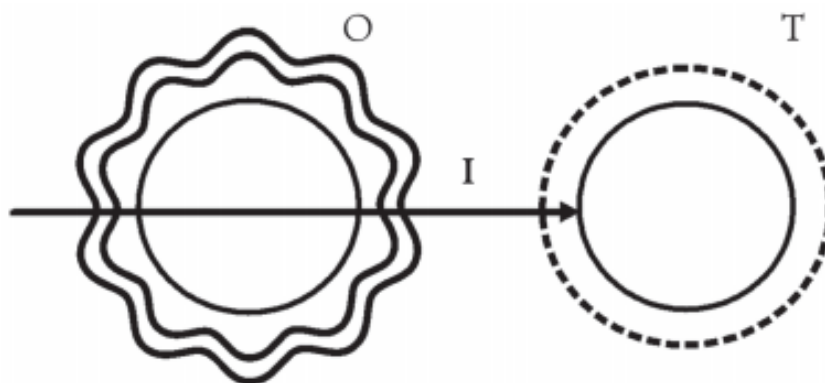
El actor (I) no puede acceder al campo de decisión (T); este es ocupado por el adversario (O), quien vigila las puertas. El actor está en lucha directa contra su adversario pero busca forzar la entrada de una institución porque no pone en tela de juicio la legitimidad.

Luchas críticas – nivel de la historicidad: acción revolucionaria

A menudo llamo acciones críticas a las luchas enfocadas contra una privación y acciones críticas revolucionarias a las que se levantan contra una dominación que no está asociada a una acción dirigente de la clase superior, que se opone a la historicidad y la destruye. Estamos tentados a añadir que esta acción crítica se ejerce contra el Estado, contra el despotismo y la autocracia más que contra una clase dirigente; desplazamiento de una extrema importancia histórica que vamos a analizar en el próximo capítulo; pero no debemos olvidar que la acción revolucionaria es la destrucción de una dominación de clase y no solamente el ataque contra un poder del Estado, aun si se asocia fácilmente a la conquista del poder del mismo. Tal acción revolucionaria sólo existe si pone en tela de juicio la dominación de la clase en nombre de una reapropiación comunitaria de todas las formas de producción de la sociedad.



Pues como en los dos casos precedentes esta acción crítica apunta a restaurar una colectividad. Aspecto que se ve sobre todo en los países colonizados o dependientes. Viven bajo una doble dominación, puesto que la dependencia mantiene o refuerza una clase dominante nacional que mantiene privilegios arcaicos. La lucha contra esta dominación tiene como objetivo principal la independencia, la liberación del subdesarrollo y de la dependencia, pero será falso dar a este objetivo un contenido nacional; este cambio de lucha de clase dirigido contra una oligarquía está ligado a intereses externos. Esta lucha contra una dominación propiamente social, contra una oligarquía, impide que se dé una separación completa entre un movimiento social y la acción revolucionaria, aun si son bien diferentes los unos a los otros. Estas son las dos caras de la lucha de clases y sólo su mezcla crea las grandes luchas históricas. Una conciencia de clase absolutamente afirmativa corre el riesgo de deteriorarse en presión institucional y en reivindicaciones organizacionales, como lo muestra la historia del sindicalismo. Al contrario, una acción revolucionaria pura tiende a no ser más que una forma de sacudida sin proyecto social o aun el peldaño de un nuevo Estado o de una nueva clase dirigente.



Esto quiere decir que la acción revolucionaria conducida por el actor (I) destruye un orden social enteramente enfermo o una dominación de clase (O) y apunta a crear un nuevo orden (T) enteramente orientado por su acción de clase; este objetivo no es más que el *enjeu* para los adversarios: salimos completamente aquí de un campo de relación y de movimientos sociales; esto expresa claramente el tema de la dictadura del proletariado.

La ruptura de las relaciones de clases y su reemplazo por la antinomia del orden y de la exclusión, del privilegio y de la miseria conduce a la oposición de dos totalidades en el conflicto maniqueo de la sociedad burguesa y proletaria; esto se convierte en choque entre la no sociedad burguesa reducida a la reproducción de privilegios y la no sociedad proletaria, posrevolucionaria, vacía y reemplazada por un agente poderoso de transformación histórica, Estado-partido que no conserva sino en su doctrina la marca de su origen revolucionario. Las luchas sociales, a diferencia de las posiciones políticas, no pueden ser ubicadas como fantasmas, yendo, por ejemplo, de la derecha a la izquierda.

Oponer la actitud reformadora a la actitud revolucionaria es más peligroso que útil; es un lazo de luchas sociales en términos puramente políticos. Se debe, al contrario, oponer controversia y ruptura, proyecto positivo y acción crítica, como las dos caras de las luchas y no como dos grados de radicalidad. Las luchas afirmativas asocian modernización cultural y conflicto social; estas hacen parte de las relaciones sociales de todos los órdenes y defienden los derechos de un sujeto. Aquellos que hablan de democracia de base y de autogestión, que insisten sobre la independencia de los actores sociales concretos y que otorgan a su acción los fundamentos morales están del lado de los movimientos afirmativos. Lo contrario a aquellos que luchan para liberarse de lo insoportable, para colocar fin a un escándalo, al mismo tiempo que quiere romper un poder, aceptando que su acción sea precisa en el cambio y dirigida por los agentes políticos, hasta los militares. Además, atacan los poderes de un Estado sobre una forma más o menos extrema; se agitan al nivel de la cultura y de las formas elementales de las relaciones sociales: la autoridad, la influencia.

Un proyecto afirmativo de transformación tiende a veces a degradarse en la revocación o adaptación del poder combatido; una lucha crítica hace la rebelión o la ruptura, evita esta debilidad pero pone en riesgo el servir a la formación de un

nuevo poder y a la agravación de la distancia entre los dominantes y los dominados. En muchas situaciones las dos orientaciones de las luchas sociales están mezcladas pero jamás se confunden, lo mismo para los tres niveles presentes en cada una de ellas. Los debates entre socio-demócratas alemanes, austriacos y rusos antes de 1914 habían sido dominados por la oposición de la acción parlamentaria y de la lucha revolucionaria y además de la masa y del partido. La sucesión de los acuerdos y de las rupturas entre partidos de derecha que Francia ha conocido de 1972 a 1977, demuestran la oposición profunda entre dos órdenes de luchas y de la dificultad de combinarlos sólidamente en una conjetura que llama a la vez a la modernización, a la transformación y a la ruptura.

Esta clasificación de las luchas apunta, más o menos, a separar las formas que aparecen en el Estado puro que ha aclarado las condiciones de formación de los movimientos sociales, síntesis inestable de la acción de clase y de ruptura revolucionaria, de presión institucional y de rebelión contra la crisis. Tal análisis puede chocar la sensibilidad de los actores, pues la ideología construye una imagen simple, fuertemente integrada, de la lucha que ellos orientan, pero no encuentra en su voz a la sociología, pues se ha alejado de las ideologías.

Esta multiplicidad de sentidos de lucha no debilita al actor: una acción de clase no se sitúa nunca enteramente a su propio nivel, no alcanza a ser en sí misma sino coloca en cambio reivindicaciones y presiones, aquello que supone que una acción organizada, de dirigentes y de ideologías, interviene para hacer salir los problemas generales de las reivindicaciones particulares. Pero esta máquina tiende constantemente a convertirse en poder, un contra Estado, preparando un orden que constituye al interior del movimiento, que se convierte en parte armado y finalmente terror.

En esta interdependencia de las formas de acción histórica, las más opuestas explican la importancia central de una reflexión sobre la violencia en el análisis de los movimientos sociales. Nada es más opuesto que el proyecto de un movimiento y la violencia que impone una dominación o las contradicciones de un orden social. En la historia del movimiento obrero el sindicalismo como asociación voluntaria, como proyecto político y social ha sido construido y sobre todo animado por los obreros cualificados, productores y trabajadores que hablan

en nombre del trabajo y del progreso contra el capitalismo, sus opciones racionales al mismo tiempo injustas, la crisis y el paro de los cuales se nutre. Pero la acción obrera ha sido portadora de paros, por los manejos que estaban más en los proletarios y los explotados que en los obreros y los compañeros. Menos capaces de organizarse han formado, por tanto, la gran fuerza de los sindicatos en la época moderna, sin una acción positiva de clase y una acción negativa, más dirigida sobre la intervención política, sin alcanzar jamás la unificación completamente.

El rol de la violencia es la base de un movimiento obrero, todavía más en los movimientos en lucha contra un Estado despótico o contra una dominación exterior. Las revoluciones son raramente hechas contra las clases dirigentes; apuntan a combatir un poder de Estado despótico, difícil al cambio, en donde tienen que liberarse de una dominación –militar y económica– extranjera. Esta forma de violencia es tanto más presente a medida que las relaciones de clase son más débiles, las instituciones son más bloqueadas y la organización social está más bien en crisis. No es la simple expresión de tal crisis pero manifiesta la degradación de un movimiento social que no se llega a constituir en tales situaciones y pues, la intención de una puesta cultural, el proyecto, es reemplazado por el deseo de poner fin a la ausencia de *l'enjeu* y a la clausura por el Estado del campo de las relaciones sociales. Es ambigua: es un llamado a un movimiento social y muchas veces ayuda a formarse pero no puede convertirse en simple terrorismo, conducta extrema en crisis, en donde la aparición es más probable cuando el actor no ocupa una posición clara en las relaciones de clase y se define al contrario por su oposición al Estado.

Por esto el terrorismo que ha jugado un rol muy restrictivo en el movimiento obrero es igual de importante en los movimientos nacionalistas. Debido a que se opone al Estado –nacional o extranjero–, no puede llegar más allá de la cabeza de Estado, de la violencia puramente política, pues no está situado en las relaciones de clases. En la violencia la gente tiene la imagen, la más positiva y aquella que opone un pueblo a un Estado, porque es la más asociada a un movimiento social, real o virtual. Violencia revolucionaria del pueblo invadiendo los palacios, invirtiendo las instituciones al servicio de la clase dirigente o de la autocracia. Violencia que puede ser militar, como los soldados en el año II y de la campaña de Italia o aquella de la armada roja de Trotsky. Cada una sabía que Bonaparte

llegó a ser Napoleón y que Trostsky fue también partidario de atropellar las revueltas de Cronstadt: la violencia revolucionaria está cerca del terror jacobino o del totalitarismo comunista. Pero frente a esto, nadie está tentado a olvidar, no impedirle a los más nombrados, pues yo estoy fascinado por los más grandes fuegos de la historia, por esos momentos en donde el movimiento social y la crisis revolucionaria se confunden antes de ser reducidas a las cenizas por un poder absoluto. Nada es más lejano de un movimiento social que la guerra, y por tanto, las más grandes guerras han tenido su cambio de movimiento social; es por esta razón que han sido más extremas que los manejos estratégicos del siglo XVIII. Yo escribo en un país que ha dejado de ser una gran potencia después de haber sido uno de los elementos centrales del sistema de relaciones internacionales: un país que olvida rápido el rol que el Estado y las guerras jugaron en su historia y que está tentado aún más, si no se da cuenta de ello, por una imagen puramente civil de los movimientos sociales, aunque el partido comunista sea en todo sentido una fuerza creada y organizada por la revolución y la guerra social. Es importante recordar que la sombra como la claridad, el proyecto pero también la ruptura, la esperanza y la rebelión, la guerra tanto como la libertad son los hijos de la historicidad. ¡Que estas palabras sean débiles por saciar las formidables realidades históricas que designan! Pero a lo cual, construir hasta en detalle una escala de la lectura de los movimientos sociales y revolucionarios.

Una sociedad, un movimiento

La diversidad de luchas es grande, tanto que cada tipo de sociedad está animada por un solo movimiento social para cada clase social. A un sistema de acción histórica corresponde una relación de clases principal y por consecuencia una pareja de movimientos sociales antagonistas. El sistema de acción histórica es el *enjeu* más directo de su conflicto. Movimiento social y lucha de clases son expresiones sinónimas; la primera será sólo utilizada aquí, pues hablar de lucha de clases parece indicar que unas clases definidas objetivamente entran en lucha para defender unos intereses contradictorios. Hablar de movimiento social afirma, por el contrario, que no existen relaciones de clase separables de la acción histórica de sus orientaciones culturales como el conflicto social en donde está ubicada.

Me llegará a menudo el deseo de hablar de movimientos sociales o del movimiento estudiantil, del movimiento occitano, o de movimientos de mujeres.

Es difícil, en efecto, rehusar las expresiones también corrientes; pero no son aceptables si uno no olvida los usos que portan. La hipótesis del movimiento social popular de sociedades programadas se manifiesta en las luchas de los estudiantes, de los occitanos o de mujeres. Pues la unicidad del movimiento social de cada clase tiene por complemento su fragmentación entre las diversas luchas. Nosotros olvidamos a veces, hablando del movimiento obrero que ha estado de la misma manera presente en los sindicatos, en los partidos, las cooperativas, las mutualidades, las municipalidades, las asociaciones culturales. La unidad del movimiento obrero no puede ser confundida con la existencia, siempre irreal, de una organización que englobara todos los aspectos de la acción obrera. Irrumpe sobre dos contrasentidos posibles en la concepción de los movimientos sociales.

1. *Un movimiento social no es un fenómeno marginal o de conflicto extremo.* Es cierto que se manifiesta, sobre todo al comienzo de su historia, por rupturas y controversias fundamentales. Pero nada será más falso que reducir estos comportamientos. Los movimientos sociales son la trama de la vida social asociados a las orientaciones de la historicidad; producen las prácticas sociales a través de las instituciones, la organización social y cultural. En la sociedad industrial, el movimiento obrero es de los maestros de empresas, es decir, los actores del conflicto industrial son los actores históricos a partir de los cuales se debe comprender la unión de la sociedad. Las investigaciones de este artículo quieren aportar una respuesta a la pregunta: ¿Cuál es el movimiento social que ocupará en la sociedad posindustrial el rol central que fue del movimiento obrero en la sociedad industrial y de aquel movimiento de las libertades cívicas en la sociedad comercial?

Otras investigaciones deberán estudiar rápidamente el movimiento tecnocrático que ha tomado la ubicación del movimiento de industrias y que como él, toma unas formas muy diferentes según la ubicación del mismo en un país comunista o en un régimen nacionalista.

Si no se considera más una sociedad pero sí una formación social, se pueden evidentemente encontrar allí muchos movimientos sociales, correspondiendo cada uno a unos sistemas de acción histórica, pues la combinación constituye la formación social. Todavía es posible que sólo el movimiento social correspondiente al sistema de acción histórica dominante pueda ser fuertemente

constituido. Él o los otros son manejados sea sobre la institucionalización, sea al contrario sobre las conductas de crisis o de bloqueo.

2. Otro error será creer que los movimientos sociales son en su definición misma los *agentes del cambio histórico*, las fuerzas de transformación del presente y de construcción del porvenir. Interpretación por tanto más tentadora y tanto más peligrosa que se justifica a veces haciendo un llamado al concepto de historicidad interpretado como la producción del porvenir, la misma puede ser una programación general del cambio social. Tal uso de los conceptos de historicidad y de movimiento social es completamente contrario a aquel que yo he hecho después de numerosos años y que no han variado. Insistí fuertemente sobre la necesidad de *separar el análisis sincrónico y el análisis diacrónico*, aquel de funcionamiento y de cambio, quitando todo evolucionismo. Una sociedad que posee una fuerte capacidad de intervención sobre ella misma debe estar seguramente en términos de movimientos más que de orden, pero constituye, como los otros tipos de sociedad histórica, un sistema de acción histórica particular y nada permite afirmar que este sistema no será reemplazado por otro. Un movimiento social se ubica al interior del campo de historicidad pues está al interior de los actores principales. Nace y muere con la sociedad de la cual hace parte. Nada es más vano que las grandes visiones evolucionistas que siguen la subida de los trabajadores, aquellas de felicidad o de progresión del nivel de vida después de la antigüedad más remota. Los movimientos sociales de diversas sociedades pueden ser analizados a la luz de los mismos conceptos pero su contenido es diferente. Tuvimos la pena de reconocer en el momento, un movimiento social en la decadencia con el tipo de sociedad de la que se forma parte, pero guarda aún una importancia política muy superior a aquellas de las primeras formas, contradictorias e inestables del nuevo movimiento social.

Por encima y por debajo de los movimientos sociales

Es necesario abrir ampliamente las investigaciones sobre los movimientos sociales y más concretamente sobre las luchas. Estas últimas se sitúan en los diversos sistemas de acción, campo de historicidad, sistema institucional y organización, más sobre su cara de luz que sobre su cara de sombra. Pero un movimiento social desborda sus límites. De un lado, se eleva hasta las

orientaciones culturales de la sociedad; tan alto que a veces se separa de todo conflicto social; del otro, desciende profundamente en las situaciones de crisis que a veces se descomponen y se pierden en la marginalidad.

1. El movimiento social puede penetrar en el corazón de la historicidad; además, jamás se separa enteramente de los conflictos de clases ni se ubica por encima de las relaciones sociales. El movimiento social parece entonces confundirse con una corriente modernizadora, crítica de tradiciones que han perdido su razón de ser. Lo que separa es que él combate una dominación y por consecuencia, se sitúa notablemente en el campo de las relaciones sociales.

Los movimientos culturales anuncian la aparición de nuevos movimientos sociales, no combaten directamente un adversario de clase, evitan convertirse en un simple terreno de aplicación para otros movimientos sociales, pero combatiendo allí las formas arcaicas de dominación social que son cristalizadas en la conciencia colectiva, debilitan a la clase dirigente que jamás es independiente del bloque dominante. Pero una clase dirigente ascendente ataca también al pasado para sentar mejor su poder y su apoyo, de la misma manera sobre las corrientes o sobre los intelectuales modernizadores. De ahí la ambigüedad de estos movimientos culturales. Estos son orientados más por la élite dirigente, salones de aristocracia o medios intelectuales, pero se alimentan también de las reivindicaciones populares, dirigidas contra los dobles puntos de dominación de clase y de la transmisión de una herencia de desigualdades y de privilegios.

Los movimientos *culturales* son inestables; se dividen rápido. De un lado, una tendencia modernizadora que no escapa a la élite dirigente que se refugia en una crítica intelectual de puerta restringida; del otro, una tendencia contestataria, revolucionaria, puesto que lucha a la vez contra la muerte y contra lo vivo de la dominación social. Frente a estos movimientos culturales “progresistas” se sitúan aquellos que, como todas las acciones críticas, luchan contra una crisis y buscan restablecer los valores. Los modelos culturales del pasado flotan en nuestra sociedad sin encontrar la expresión social directa. Pueden ser comprendidos por grupos nostálgicos que querrán reencontrar la unidad de una civilización perdida, que sea la idea de Dios o del progreso; son más a menudo reinterpretados por los nuevos movimientos sociales y sobre todo por las acciones críticas, ávidas de

reencontrar un principio que reemplace el vacío creado por la crisis. Es así como las conductas de crisis son reinterpretadas en Francia, en particular en las clases medias, en términos *religiosos*, esto da nacimiento a los movimientos comunitarios mezclados y tiene un compromiso político más cerca de la espera escatológica que de la estrategia y de la negociación.

Los movimientos culturales tienden a ocupar en la sociedad programada el lugar central que habían tenido los movimientos sociales en una sociedad industrial. Esto le da a la contracultura una gran importancia en la sociedad posindustrial sin buscar confundir, por tanto, movimiento cultural y lucha contracultural. Esta opone globalmente dos culturas, en donde la una se define por el rechazo de los principios de la cultura dominante.

Al contrario, un movimiento cultural conlleva él mismo una oposición social, es decir ligada a las relaciones de dominación, que otorgan dos expresiones opuestas a la misma acción general de transformación cultural. Los ejemplos más importantes hoy en las sociedades industrializadas son aquellos relacionados con el movimiento de mujeres y el movimiento ecológico. El movimiento de mujeres, en todas sus formas lucha contra la dependencia y la “naturalización” de la mujer, identificada con sus funciones de reproducción y de transmisión cultural. Pero el feminismo –ya sea moderado o radical– busca obtener la igualdad de cambios para las mujeres y eliminar la referencia de “género” de la mayoría de las actividades sociales, en particular cívicas y profesionales, mientras que el movimiento de mujeres (los americanos hablan aquí de *feminismo* para oponerse a *woman's liberation movement*) concentra su lucha sobre la dependencia de la mujer a la consideración del hombre, en nombre de la especificidad biocultural que no constituye de ningún modo, un nuevo llamado a la naturaleza femenina, en donde la defensa ha estado asociada a un movimiento contracultural lesbiano.

Del lado de los ecologistas, el llamado a los deberes del hombre está frente a la naturaleza, pensada como entorno, se opone a la defensa de los derechos de la naturaleza que apunta a reemplazar el humanismo clásico por un naturocentrismo que puede convertirse en una contracultura. En los dos casos se oponen las tentativas para repensar al sujeto humano en las relaciones con sus componentes naturales y los análisis que desconfían del llamado del sujeto y de la libertad del beneficio de las leyes de la naturaleza o de la sociedad. Esta dualidad de

orientación interna pertenece a la definición misma de los movimientos culturales que combinan, tanto de otro modo los movimientos sociales, la unidad cultural y un principio de conflictualidad.

2. Al extremo opuesto de los movimientos culturales, los fragmentos de movimiento social descienden más bajo que la crisis organizacional, allá donde se difunde la violencia y el conflicto. La frontera jamás es nítida entre los movimientos contestatarios y las conductas de rechazo o de rebelión debajo del proletariado. Es más difícil aún situar el entorno de este rechazo o de esta rebelión al hiperconformismo de la marginación, que vuela para alcanzar los objetos de consumo que la sociedad le propone, rechazando todos los medios considerados como legítimos de adquirir. Ambigüedad por ejemplo, las rebeliones de prostitutas, encerradas en el desprecio y la represión pero también fascinadas por el dinero. En esta penumbra, se divisa casi siempre, del lado del análisis, hablar con buena conciencia de desviar aquello que de manera más religiosa que social o política, encuentran en la caída, la marca de lo sagrado y de la gracia. Nada es más alejado de la contestación y de la voluntad de transformación social que las conductas provocadas por la ruptura de las relaciones sociales, el rechazo o el abandono. Pero en toda lucha social se presenta también una contestación contra una sociedad, una agresividad contra las personas y los bienes, un deseo, como decía uno de los estudiantes con los que hemos trabajado en Amiens, de “romper la barraca”. Esto es solamente la reinterpretación y la reanudación de una lucha social, con esto se comprende la solidaridad y la responsabilidad de estas conductas de destrucción y de autodestrucción que pueden liberar allí aquellos que están encerrados.

La ideología

Un movimiento produce una *ideología*, es decir, una representación de sus relaciones sociales; produce también una utopía por la cual se identifica con la opción de combate a la historicidad de ella misma, pero no puede integrar esta ideología y esta utopía. Esto no es posible, aun si se ubica en el punto de vista de la relación social y en el del actor. Sólo la sociología llega a alcanzarlo a través de su análisis. No se puede ser a la vez juez y parte. La ideología se opone a la sociología como la visión que tiene el actor de la relación que es opuesta al conocimiento del actor a partir de dicha relación.

Un movimiento social no puede ser completamente su propio analista porque está necesariamente organizado. Volviéndose un personaje produce una ideología. Cuando la organización es fuerte, cuando un movimiento se ubica completamente al interior de una asociación voluntaria, la resistencia ideológica hacia el análisis es muy fuerte; puede ser infranqueable. Al contrario, cuando una lucha desborda todas las asociaciones, este es el caso más importante, indica la presencia probable de un movimiento social, es mucho más capaz de elaborar su propio análisis. Esta no se presenta como tal pero sí sobre una forma iluminada, como una integración de debates. El análisis no puede pasar sino como el abismo que separa a un movimiento de su organización.

La utopía de la clase obrera es el socialismo, es decir, la sociedad de los trabajadores. La clase obrera y el progreso no hacen más que destruir los obstáculos irracionales que el beneficio y los privilegios privados dirigen sobre la ruta del progreso colectivo. De repente la clase obrera se volvió menos una fuerza social que una natural, nueva Gargantúa desbordante de vida. Su ideología es, al contrario, la lucha, la oposición de intereses que conducen a la guerra social, a la movilización de las fuerzas populares, a la organización del combate por los estados mayores. La utopía es naturalista como la ideología es política.

En la sociedad programada, la utopía es el individualismo que identifica la cuestión con la persona de forma moralizadora y la ideología es la liberación que lucha contra todas las formas de control cultural en nombre del rechazo de todas las formas de normalización.

Del lado de la *clase dirigente*, la utopía identifica de igual forma al actor con la historicidad. Proclama el movimiento, la innovación y el enriquecimiento que triunfan sobre las resistencias opuestas por los prejuicios y las rutinas. Pero hace menos un llamado a la naturaleza que a la razón, que le otorga a la dominación social el garante de la objetividad. La misma diferencia se marca en la ideología. La de la clase dominante no exalta la lucha y su estrategia pero sí, la racionalidad del orden, las leyes de la economía, del equilibrio o de la creencia. Marx ha hecho la crítica clásica de esta reducción ideológica que hace la burguesía de las relaciones sociales de las leyes de la economía política. Toda ideología de clase dominante tiende a imponerse como *ideología dominante*, a hablar en términos

universales, disponiendo de un poder particular. Pero su triunfo nunca es completo. De una parte, porque no puede apoderarse enteramente de la historicidad: un modelo cultural o un modo de conocimiento nunca son puramente ideológicos. La religión no es solamente la representación de un pueblo. De otra parte, porque la resistencia de la clase popular no es jamás abolida y la clase dirigente no puede hablar en nombre de una sociedad enteramente integrada.

Debe siempre recurrir a la *represión* al mismo tiempo que a los discursos justificadores. La burguesía está convencida de su rol progresista; es su utopía, pero cuando habla de racionalización y de leyes de economía, no olvida nunca que esas son las armas contra el movimiento obrero. El hecho de que la clase dirigente no tome más parte que la clase popular, une completamente su utopía y su ideología imposibilitada para aceptar la reducción de las prácticas sociales a los discursos de una ideología dominante. Entre la utopía y la ideología de la clase dirigente se interponen siempre las luchas sociales. No todo es reproducción porque el conflicto y la represión están siempre presentes.

Paralelamente, la ideología de la clase dominante no puede ser identificada como un garante metasocial del orden social. Este no es producido ni utilizado en su propio interés por la clase dirigente es el fundamento no social que una sociedad da a la acción sobre ella misma. Esta distancia de las relaciones sociales de los garantes metasociales explica que aquellas hayan estado siempre ligadas al Estado, principio de unidad no social, comandando la vida social. Se extiende el campo de la sociedad, al mismo tiempo que se debilitan los garantes metasociales. Y además el discurso que se esfuerza por fundar, no socialmente, la historicidad y las relaciones sociales es producido directamente por el Estado, hasta el momento donde el Estado totalitario prohíbe, además, todo llamado a la trascendencia que tiene la historicidad para imponerse ella misma arbitrariamente como fundamento único de funcionamiento de la sociedad. Algunos llaman ideología a estos fundamentos no sociales; esto solo puede ser admitido si es aclarada toda confusión entre la ideología del actor y la ideología del sistema. Tal confusión, ante los intereses de la clase dirigente y de una cultura, de una unión de sistemas simbólicos, debe ser activamente combatida.

Vida y muerte de los movimientos

No todos los movimientos tienen la misma historia pero todos nacen y mueren; en consecuencia todos se elevan a la vez que se reducen sobre la escala de los niveles de proyecto; adquieren una integración más fuerte que pierden al envejecer.

Yo hablo de la historia natural de los movimientos sociales, para recordar que no viven de un acto creador constantemente renovado. Además, las relaciones de clase y al interior de ellas las relaciones de producción (más bien de reproducción) ocupan un lugar central en la vida social, y más cuando los movimientos sociales llegan alcanzar un nivel elevado. Cuando las relaciones se institucionalizan, los movimientos sociales se degradan en presión política. Esto se produce en el movimiento obrero cuando aparece la sociedad posindustrial. Pasando de un tipo de sociedad a otra, vemos que los movimientos sociales descienden de nivel o al contrario, las luchas reivindicativas se elevan y se transforman en movimientos sociales. En las sociedades mercantiles, los movimientos sociales son movimientos urbanos; su base es la ciudad o el barrio y su objetivo principal es la libertad del ciudadano, del habitante y de la comunidad contra el señor, el príncipe o los grandes comerciantes. En las sociedades industriales los movimientos urbanos no son más que presiones institucionales. Hoy los problemas urbanos son discutidos al nivel de la organización: de un lado, problemas de acondicionamiento, del otro, problemas de segregación, de exclusión y de reproducción de desigualdades. En los dos casos se está más lejos del lugar de las relaciones de clase que se desplazan, primero sobre la empresa industrial y luego sobre la oposición a las industrias culturales y los públicos a los cuales imponen su poder.

Inversamente, al momento de la formación de un tipo de sociedad los conflictos de clase son enmascarados por las alianzas necesarias hacia la ruptura del orden clásico. Cuando las relaciones de reproducción pesan sobre las relaciones de producción, los movimientos sociales son ampliamente recubiertos por los movimientos modernizadores. Este es el caso en nuestra parte del mundo en donde el ocaso del movimiento obrero tiene por contraparte la formación, aun confusa, de nuevos movimientos, en simbiosis con las corrientes modernizadoras. Será falso reprochar a un movimiento social naciente o al contrario, viejo, un bajo nivel de proyecto; esto es olvidar que en cada situación existe un máximo de acción histórica posible. Si la acción organizada se sitúa debajo de ese máximo, es

completada y combatida por los movimientos salvajes. Si se sitúa debajo del mismo, está amenazada por un exceso de utopía.

*Este artículo, traducido por Alfonso Torres C. y Luz Quesada, se publicó originalmente en el número 27 de la Revista Colombiana de Sociología, de 2006, editada por la Universidad Nacional de Colombia y se reproduce por Nueva Alianza con la autorización de los editores. Se publicó en la *Revista Mexicana de Cultura Política NA*, Vol. 3, Núm. 9.

Alain Touraine

Licenciado en Historia y Filosofía por la Escuela Normal Superior de París. Realizó estudios en las Universidades de Columbia, Chicago y Harvard como becario Rockefeller y posteriormente obtuvo el doctorado en Letras. Fue investigador del Consejo Nacional de Investigación Francés, fundador del Centro de Estudios para la Sociología del Trabajo de la Universidad de Chile e investigador de la Escuela de Estudios Superiores Aplicados que se convirtió en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales, del que es director desde 1960, donde fundó el Centro de Análisis e Intervención Sociológicos. Es reconocido como experto en el estudio de los movimientos sociales. Entre sus libros más destacados están: *Sociología de la acción* (1965), *La sociedad posindustrial* (1969), *Producción de la sociedad* (1973), *Crítica de la modernidad* (1992), *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes* (2000), *Una sociedad de mujeres* (2006) y *¿Qué es la democracia?* (2006), así como una extensa producción ensayística. Touraine pertenece a numerosas academias y asociaciones sociológicas. A lo largo de su vida ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos una veintena de doctorados Honoris Causa, como los de la Universidad de Chile (1996), Universidad Nacional de San Martín de Argentina y de la Universidad Nacional de Colombia (ambos en 2006), de la Universidad Abierta de Cataluña (2007) y de la Universidad Iberoamericana de México (2013). En 1988 recibió el Premio europeo Amalfi de Sociología y Ciencias Sociales por la obra *Comment sortir du libéralisme* y en 2010 el Premio Príncipe de Asturias en Comunicación y Humanidades.

Recomendación **editorial**



¿Oprimidas o empoderadas? Dónde están las mexicanas del siglo XXI 1821-2005
Galia García Palafox
(coord.)
 Travesías Editores
 México 2016.

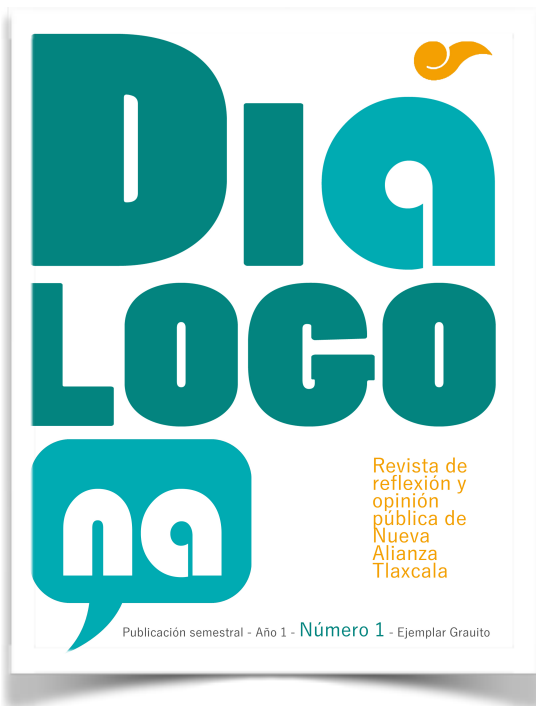
“Todos decimos que no somos machos. Todos, también, contestamos no a la pregunta de si somos violentos con nuestras parejas o con las mujeres en general. Hasta que entendemos que el acoso, el desinterés, los celos y las prohibiciones, el decir que ‘ayudamos’ con las labores del hogar o el cuidado de los hijos es, en realidad, violencia” dice Mauro Vargas, director de Género y Desarrollo AC, organización que capacita y da cursos sobre género a hombres.

Esta conversación con Vargas forma parte de las crónicas, reportajes, entrevistas, investigaciones y ensayos que realizaron varios colaboradores de la revista *Gatopardo* para dar un panorama de lo que ocurre con las mujeres en el México del siglo XXI. En la realización del libro prevaleció el interés periodístico y por eso no se trata de un libro hecho por mujeres para mujeres, sino por periodistas que ofrecen un retrato, a veces ingrato, de las mujeres mexicanas.

Los textos periodísticos están precedidos por un ensayo de la especialista Eva O. Arceo-Gómez. Mel Vallejo escribe sobre masculinidades alternativas, Claudia Itzkowich aborda a las trabajadoras domésticas, Guillermo Sánchez Cervantes se ocupa de la mujer campesina, Mario Gutiérrez Vega habla sobre las mujeres en el trabajo formal y en el informal, Laura Castellanos de las mujeres migrantes y Ana Cecilia Escobar Nieto ofrece información sobre las mujeres empresarias.

Un mosaico variado y sorprendente, con información valiosa y testimonios para adentrarnos en el mundo real de las mujeres, el de la doble o triple jornada, el de las mujeres que deben enfrentar solas el sostenimiento de la familia, las que deben dejar sus lugares de origen para buscar el sustento diario y, sobre todo, el mundo femenino que está rodeado de muy variadas formas de violencia.

¡BÚSCANOS EN LÍNEA!



WWW.NUEVAALIANZATLAXCALA.ORG.MX

